

**Patoral Juvenil y
Pastoral Vocacional
a la luz de la JMJ**

Pastoral Juvenil y Pastoral Vocacional a la luz de la JMJ

Carta pastoral

MONS. JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES
Obispo de Terrassa

Pascua de 2012

Portada: «Encuentro con los voluntarios de la JMJ - IFEMA - Madrid 2011».

Depósito Legal: B-14989-2012

Diseño e impresión: I. G. Santa Eulàlia, Santa Eulàlia de Ronçana

Índice

Introducción	9
Perspectiva y finalidad de la JMJ	11
1. Perspectiva: la vida como peregrinación	14
2. Finalidad: Cristo en el centro de la fe y la vida	19
3. Laboratorio de la fe, encuentro con Cristo y experiencia de Iglesia	23
JMJ y Pastoral Juvenil	29
1. Elementos que la JMJ aporta a la Pastoral Juvenil	32
2. Desafíos de la sociedad actual y del sujeto posmoderno	36
3. Respuesta a los desafíos. El joven cristiano de hoy	40
JMJ y Pastoral Vocacional	57
1. La vida como vocación	59
2. La Iglesia, casa y escuela de vocación	67
3. Líneas de fuerza en la Pastoral Vocacional	74
Conclusión	83

Introducción

La Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) es una inmensa gracia de Dios para la Iglesia. Ha sido una de las grandes intuiciones del Beato Juan Pablo II, que supo ofrecer un lugar de encuentro a tantos y tantos jóvenes que se preguntan por el sentido de la vida, que buscan respuestas a sus interrogantes fundamentales, que buscan la felicidad, la verdad, el bien, y que lo encuentran en Cristo y en la Iglesia. También los jóvenes necesitan respuestas a sus inquietudes vocacionales y la JMJ es un momento propicio para hallar un poco de luz al respecto. El fruto depende de la preparación, de la realización y de la continuidad. El Santo Padre Benedicto XVI ha recogido el testigo de su predecesor y con un estilo y carisma propios, sigue convocando y acompañando a los jóvenes.

La reciente JMJ celebrada en Madrid ha sido una nueva constatación de la fuerza y vitalidad de esta fiesta de la fe. La novedad de la preparación inmediata en las diócesis, los llamados *días en las diócesis*, ha constituido una experiencia sumamente positiva para nuestras Iglesias locales. Todo ello nos obliga a plantear el futuro con una renovada esperanza en Dios y a la vez a aplicarnos con diligencia en la tarea de hacer fructificar los dones recibidos. Hoy día estamos sujetos a grandes transformaciones en la sociedad, a cambios que se producen con mucha celeridad. Por eso creo que podemos hablar de un antes y un después de la JMJ de Madrid, de una etapa nueva que comenzamos. Aunque eso no significa de ningún modo preterir nuestros

antecedentes tanto en el campo de la Pastoral Juvenil como de la Pastoral Vocacional.

Hagamos memoria, en primer lugar, de un importante documento titulado *Orientaciones sobre pastoral de juventud* que la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española aprobó el mes de noviembre de 1991. A su vez, para desarrollar dichas orientaciones, encargó la elaboración de un *Proyecto Marco de Pastoral de Juventud* a la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar con la colaboración de las comisiones de Enseñanza y Catequesis, y Seminarios y Universidades. Aquel *Proyecto Marco* llevaba por título *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo*, y se presentó el año siguiente, 1992. Quince años más tarde, en abril de 2007, se presentó una nueva edición actualizada y enriquecida, que llevaba por título *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio*.

También es importante recordar algunos acontecimientos que fueron jalonando las distintas etapas de esta reflexión. El primero fue el encuentro del Beato Juan Pablo II con los jóvenes en Madrid el 3 de noviembre de 1982, en el marco de su primer viaje apostólico a España. Más adelante, la JMJ que tuvo lugar en Santiago de Compostela en agosto de 1989 supuso un salto cualitativo y cuantitativo de la Pastoral Juvenil. En ella se concretó la perspectiva de peregrinación para definir la vida del joven y de la JMJ. Otro momento particularmente importante en este itinerario fue el encuentro con los jóvenes en Cuatro Vientos el 3 de mayo de 2003, en el que fue su último viaje a España y su último gran encuentro con jóvenes.

En estas páginas me gustaría hacer una pequeña contribución a la reflexión sobre la Pastoral Juvenil y la Pastoral Vocacional a la luz del fenómeno que ha supuesto la Jornada Mundial de la Juventud y en particular a partir de la celebrada en Madrid el pasado mes de agosto. La reflexión constará de tres partes: en primer lugar, la perspectiva y la finalidad de la JMJ; en segundo lugar, la relación de la JMJ con la Pastoral Juvenil; y en tercer lugar, la relación de la JMJ con la Pastoral Vocacional.

Perspectiva y finalidad de la JMJ



Vigilia de oración. Cuatro Vientos.
Sábado, 20 de agosto de 2011.

Perspectiva y finalidad de la JMJ

La JMJ ha sido una aportación genial del Beato Juan Pablo II a la Iglesia y al mundo. Él siempre confió en los jóvenes y les otorgó un gran protagonismo en la vida de la Iglesia y en su misión evangelizadora. Un gesto espontáneo que tuvo en el inicio de su pontificado, al cabo de los años ha cobrado una gran fuerza significativa y profética: el Domingo 22 de octubre de 1978, al terminar la solemne Misa de inauguración de su ministerio de Sucesor de Pedro, recitó con todos los presentes en la plaza de san Pedro el rezo del Ángelus y les dirigió una breve alocución. Al final improvisó unas palabras para los jóvenes presentes: «Vosotros sois el futuro del mundo, la esperanza de la Iglesia. Sois mi esperanza»¹.

El año 1984 lanzó una invitación a los jóvenes de todo el mundo convocándolos a celebrar el Jubileo internacional de la Juventud en Roma el Domingo de Ramos, 14 de abril. La respuesta que obtuvo fue multitudinaria y asombrosa. El año siguiente, 1985, fue declarado por la Organización de las Naciones Unidas *Año internacional de la Juventud*, lo cual posibilitó la ocasión de otro gran encuentro del Papa con los jóvenes y la publicación de una *Carta apostólica a los jóvenes y las jóvenes del mundo*, un texto extraordinario que mantiene toda su vigencia.

1. JUAN PABLO II, *Ángelus*, 22 de octubre de 1978.

1. Perspectiva: la vida como peregrinación

La JMJ ha de ser considerada desde la perspectiva de la peregrinación. Las Jornadas han nacido del deseo de ofrecer a los jóvenes *momentos significativos de pausa* en su camino de peregrinación de la fe. También para facilitarles el encuentro con otros jóvenes de su edad provenientes de otros países y continentes con los que puedan compartir su fe, sus inquietudes y problemas, con los que puedan intercambiar experiencias². Para ello se les invita periódicamente a convertirse en peregrinos por los caminos del mundo construyendo puentes de fraternidad y de esperanza entre personas, pueblos y culturas.

Icono de la Iglesia peregrina

En el mensaje para la celebración de la XVIII Jornada Mundial de la Paz, el Beato Juan Pablo II se dirigió a los jóvenes planteando la vida como una *peregrinación de descubrimiento*. En esta peregrinación es preciso descubrir la propia realidad, también los valores que forjan la vida, y asimismo los diferentes pueblos y naciones para llegar a estar unidos en solidaridad. Este camino dura toda la vida y en él se deben reafirmar los valores que forjan la persona y el mundo, aquellos que favorecen la vida, que reflejan la dignidad humana y que ayudan a construir un mundo en justicia y paz³.

Tres años después, en el anuncio de la IV Jornada Mundial de la Juventud, que se celebraría en Santiago de Compostela, subrayaba que la peregrinación tiene un significado espiritual muy profundo y que en sí misma ya constituye una catequesis importante. Constataba el Santo Padre un resurgir en todo el mundo de la

2. Cf. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, n. 1, 8 de mayo de 1996; JESUS PULIDO, *Guía teológico-pastoral para comprender y celebrar la Jornada Mundial de la Juventud 2011*, Barcelona 2011, pp. 25-30.

3. Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la XVIII Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 1985, n. 10.

práctica de la peregrinación, sobre todo entre los jóvenes, y les exhortaba a vivirla como camino de renovación interior, profundizando en la fe, fortaleciendo la comunión y la solidaridad con los hermanos y también como medio adecuado para descubrir la vocación personal⁴.

En la Vigilia del Monte del Gozo exhortó a los jóvenes a que se pusieran en camino con María y a un compromiso de seguimiento de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para ser mensajeros de Nueva Evangelización y constructores de la civilización del amor. En la Misa de clausura les hizo la siguiente invitación: «descubrir vuestra vocación real para colaborar en la difusión de este Reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz. Si de veras deseáis servir a vuestros hermanos, dejad que Cristo reine en vuestros corazones, que os ayude a discernir y crecer en el dominio de vosotros mismos, que os fortalezca en las virtudes, que os llene sobre todo de su caridad, que os lleve por el camino que conduce a la ‘condición del hombre perfecto’ ¡No tengáis miedo a ser santos! Esta es la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. Gal 5, 1)»⁵.

La JMJ es icono vivo de la Iglesia peregrina. Los jóvenes que creen en Cristo son un icono vivo de la Iglesia peregrina por los caminos del mundo. A través del diálogo, poniendo en común los problemas y las esperanzas; a través del compartir los ideales; en los encuentros de oración y reflexión, se experimenta y se visualiza la promesa de Jesús de estar presente donde dos o más se reúnen en su nombre (cf. Mt 18,20)⁶. Y el Papa también es peregrino, peregrino que guía esta peregrinación grande y joven por los caminos

-
4. Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la IV Jornada Mundial de la Juventud*, 27 de noviembre de 1988, n. 3.
 5. JUAN PABLO II, *Homilía de la Santa Misa en el Monte del Gozo, IV Jornada Mundial de la Juventud*, 20 de agosto de 1989.
 6. Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la XII Jornada Mundial de la Juventud*, 15 de agosto de 1996, n. 1.

del mundo, atravesando los países de la tierra, acompañado por los jóvenes⁷.

La peregrinación es también el fruto de una actitud de búsqueda, que lleva a ponerse en camino. La fe guía a los jóvenes en la vida como la estrella fue guía de los Magos hasta el encuentro con Jesús, tal como contemplábamos en la JMJ de Colonia. San Juan Crisóstomo lo expresa con una frase llena de penetración psicológica: «No se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino». Observaba atentos los signos del cielo, tenían la esperanza de que algo grande iba a suceder, y cuando percibieron el signo de la estrella lo siguieron hasta el encuentro con el Niño Dios. Y en la aventura de esa búsqueda, tuvieron el coraje de abandonar sus posesiones, sus comodidades, sus seguridades.

Seguimiento de Jesús

La peregrinación se identifica con el seguimiento de Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Lc. 9, 23). Estas palabras expresan la radicalidad de una decisión que no admite vacilaciones ni volver la vista atrás. Es una exigencia dura que impresionó incluso a los discípulos, pero que ha producido frutos admirables de santidad y de martirio. Son palabras que describen el camino del Maestro, que es el mismo que debe recorrer el discípulo. La cruz es el signo que garantiza la verdadera espiritualidad y el verdadero apostolado. Es preciso cargar la cruz cada día si se quiere ser discípulo de Cristo.

Jesús camina delante de los suyos y a cada uno pide que recorra su mismo camino. No ha venido para ser servido, sino para servir. Será preciso cargar la cruz y llevarla con firmeza siguiendo los pa-

7. Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la XVI Jornada Mundial de la Juventud*, 14 de febrero de 2001, n. 1.

sos de Jesús, del Maestro, sin miedo a las dificultades del camino, porque él camina junto a nosotros. La cruz es símbolo de sufrimiento extremo, pero más aún es signo del amor del Padre y de Cristo a los hombres, un amor que lleva a dar la vida por la salvación de todos. La cruz simboliza la misión de anunciar al mundo el amor del Padre y de proclamar que sólo en Cristo se encuentra la salvación de los hombres, la auténtica paz, la felicidad para uno mismo y para los demás⁸.

Los jóvenes peregrinos han de ser evangelizadores en medio del mundo. El Espíritu Santo es quien impulsa la misión evangelizadora de la Iglesia. Después de la resurrección y ascensión de Jesús al cielo, la venida del Espíritu Santo en Pentecostés transformó profundamente a los Apóstoles, que comprendieron la palabra de Jesús y la misión a desarrollar y recibieron la fuerza que los capacitaba para dar testimonio. El Espíritu Santo les convirtió en testigos de Cristo resucitado. Asimismo los jóvenes han de anunciar el Evangelio por los caminos del mundo dando testimonio en los más diversos ambientes, incluso donde haya indiferencia o rechazo⁹.

La peregrinación se hace de la mano de María, Madre y Maestra. Ella es la estrella que nos guía hacia el puerto seguro que es Cristo. María es modelo y guía para vivir a fondo el compromiso ya sea en los pequeños detalles o en las grandes ocasiones, en los grandes desafíos que se nos presenten. Ella también tuvo que recorrer su camino de fe, que no estuvo exento de dificultades; ella nos enseña a descubrir la alegría y la fecundidad de la vida oculta. Con ella acompañamos a Jesús en su pasión y muerte,

8. Cf. BENEDICTO XVI, *Via Crucis con los jóvenes*, Madrid, 19 de agosto de 2011; JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la XVI Jornada Mundial de la Juventud*, 14 de febrero de 2001, n. 3.

9. Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía Santa Misa de Cuatro Vientos*, Madrid 21 de agosto de 2011; JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la XII Jornada Mundial de la Juventud*, 30 de noviembre de 1997, n. 6.

acogemos el anuncio gozoso de la Pascua y recibimos el don inestimable del Espíritu Santo para ser auténticos testigos de Cristo resucitado¹⁰.

Por los caminos del mundo y de la historia

La Jornada Mundial de la Juventud es, pues, una peregrinación por los caminos del mundo y de la historia. Una peregrinación que se emprendió desde Roma, centro y corazón de la catolicidad, para dar razón de nuestra esperanza. Una peregrinación que llegó a Buenos Aires (1987) proclamando que el mensaje de Jesús alimenta la esperanza y renueva la energía para construir la civilización del amor. En su paso por Santiago (1989) profundizó sobre la vida en Cristo Camino, Verdad y Vida, y recordó las raíces cristianas de Europa. En Czestochowa (1991) constató que hemos recibido un espíritu de hijos que nos lleva a formar una sola familia de hijos de Dios.

La peregrinación voló a Denver (1993) para pregonar que Cristo ha venido al mundo para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10, 10) y en Manila (1995) recordó cómo Jesús confía a sus discípulos la misión que él mismo ha recibido del Padre: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). París (1997) recreó la búsqueda de Dios por parte del ser humano y en Roma (2000) la peregrinación se centró en la contemplación de la Palabra de Dios que se ha encarnado y habita entre nosotros (cf. Jn. 1,14). Después vinieron Toronto (2002), Colonia (2005) y Sydney (2008), y por último, Madrid (2011), que ha supuesto una renovación del compromiso de vivir «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cfr. Col. 2, 7).

La vida toda ella es una peregrinación y el joven cristiano es un peregrino por los caminos del mundo que se dirige hacia la casa del Padre. En ese peregrinar, la JMJ es un momento significativo de pau-

10. Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la XVIII Jornada Mundial de la Juventud*, 8 de marzo de 2003, n. 5.

sa, de encuentro, de compartir sereno, es como un alto en el camino, como «una fuerte experiencia de fe y de comunión, que le ayudará a afrontar las preguntas más profundas de la existencia y a asumir responsablemente el propio lugar en la sociedad y en la comunidad eclesial»¹¹. En resumen, unos «días intensos de peregrinación al encuentro con Cristo»¹².

2. Finalidad: Cristo en el centro de la fe y de la vida

En mayo de 1996 tuvo lugar un Seminario de Estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud en el Santuario de Jasna Góra, en Czestochowa. El Beato Juan Pablo II envió a los participantes una preciosa carta que recoge por un lado la inspiración de las JMJs que él inició y también la experiencia de los diez primeros años. En dicha carta expresa con toda rotundidad que «la finalidad principal de las Jornadas es la de colocar a Jesucristo en el centro de la fe y de la vida de cada joven, para que sea el punto de referencia constante y la luz verdadera de cada iniciativa y de toda la tarea educativa de las nuevas generaciones. Ese es el ‘estribillo’ de cada Jornada Mundial. Y todas juntas aparecen como una continua y apremiante invitación a fundamentar la vida y la fe sobre la roca que es Cristo»¹³.

Algunas características

Con el paso de los años ha quedado demostrado que las JMJs son acontecimientos providenciales, ocasiones propicias para que los jóvenes profesen y proclamen su fe en Cristo cada vez con más alegría¹⁴. Se pueden definir como «una fiesta de la fe» para los jóve-

11. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, n. 3, 8 de mayo de 1996.

12. BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de bienvenida*, Madrid, 18 de agosto de 2011.

13. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, n. 1, 8 de mayo de 1996.

14. Cf. *Ibidem*, n. 2.

nes. En ellas destacan tres características: la alegría, el encuentro fraternal y el entusiasmo de la fe¹⁵.

En primer lugar la alegría profunda, el gozo espiritual, que es un don de Dios. El Papa Benedicto XVI así lo expresaba: «En efecto, la alegría es un elemento central de la experiencia cristiana. También experimentamos en cada Jornada Mundial de la Juventud una alegría intensa, la alegría de la comunión, la alegría de ser cristianos, la alegría de la fe. Esta es una de las características de estos encuentros. Vemos la fuerza atrayente que ella tiene: en un mundo marcado a menudo por la tristeza y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana»¹⁶.

En segundo lugar, el encuentro fraternal. Son días en que los jóvenes comparten la celebración de la Eucaristía, la oración, la pequeña historia y el bagaje que cada uno trae en la mochila, las capacidades personales y los bienes materiales, que se ponen al servicio de todos. Y en este clima se crean unos profundos lazos de fraternidad que visibilizan la comunión eclesial. En la entrevista que Benedicto XVI concedió a los periodistas en el vuelo hacia Australia, se refería a la JMJ de Colonia en estos términos: «La JMJ [de Colonia] no ha sido simplemente un acontecimiento de masas, ha sido sobre todo una gran fiesta de la fe, un encuentro humano de la comunión en Cristo»¹⁷.

En tercer lugar, el entusiasmo, la fascinación y plenitud que produce en el joven el encuentro con Cristo y con los hermanos, algo grande como el hallazgo del tesoro o la perla preciosa (cf. Mt 13, 44-46). El joven entusiasmado será capaz de dar testimonio de lo que ha experimentado y de llevar a cabo proyectos que transformen el mundo. Dicho entusiasmo llevará a los jóvenes a expresarse

15. Cf. JESÚS PULIDO, o.c., pp. 42-45.

16. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud 2012*.

17. BENEDICTO XVI, *Entrevista concedida a los periodistas durante el vuelo hacia Australia*, 12 de julio de 2008.

con valentía, con libertad de espíritu y sin miedo, a ser audaces al servicio de la verdad y el bien. Los jóvenes pueden percibir que no están solos; al contrario, constatan que la Iglesia católica es la institución que más jóvenes reúne. Esto es particularmente importante para los que provienen de países en los que la Iglesia es minoritaria y perseguida. Este encuentro los confirma en la fe y les ayuda a dar razón de la esperanza.

Elementos constitutivos

Y ¿en qué consiste la fiesta de la fe en las JMJs? ¿Cuáles son sus elementos constitutivos? La sustancia del programa está compuesta por tres elementos: Los Actos Centrales, que son celebraciones litúrgicas; la Palabra de Dios, presentada sobre todo a través de las Catequesis impartidas por Obispos en distintas lenguas; y un conjunto de actividades artísticas y culturales denominado Festival de la Juventud.

En el discurso que dirigió el Santo Padre Benedicto XVI a la Curia romana en la Navidad de 2008, al referirse a la JMJ celebrada en Sydney, subrayó que «la liturgia solemne es el centro de todo el conjunto, porque en ella acontece lo que nosotros no podemos realizar y que, sin embargo, siempre esperamos. Él está presente. Él entra en medio de nosotros. Se ha rasgado el cielo y esto hace luminosa la tierra. Esto es lo que hace alegre y abierta la vida, y une a unos y otros en una alegría que no se puede comparar con el éxtasis de un festival rock»¹⁸.

Los momentos esenciales de la JMJ se encuentran en la celebración de la liturgia y en la oración. La celebración de la liturgia a lo largo de toda la JMJ va marcando la vida, la mente y el corazón de los jóvenes y favorece en ellos la mejor educación espiritual. La oración, la meditación de la Palabra de Dios y la celebración de los Sacramentos constituyen el espacio ideal para que el joven pueda descubrir la verdad de su ser y la voluntad de Dios en su vida. En el

18. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia*, 22 diciembre 2008.

silencio interior, en la escucha de la Palabra, en la vivencia de la celebración de la Eucaristía y del sacramento de la Penitencia podrán vivir el encuentro con el Señor.

La Liturgia constituye una experiencia viva del don de Dios y es una gran escuela de la respuesta a su llamada. La fuerza de la liturgia celebrada con dignidad y esmero, la grandeza del misterio, su capacidad transformadora, son lugar de encuentro y de llamada. En el desarrollo de la Jornada también ha de ocupar un lugar preferente María por su importancia en la vida y en la espiritualidad del joven. Por otra parte, también en la JMJ se propone el ejemplo de santos jóvenes como ejemplos en el seguimiento de Cristo.

La centralidad de la Palabra de Dios sería el segundo elemento constitutivo: «Los distintos momentos de que consta una Jornada Mundial constituyen en su globalidad una forma de vasta catequesis, un anuncio del camino de conversión a Cristo, a partir de la experiencia y de los interrogantes profundos de la vida cotidiana de los destinatarios. La Palabra de Dios es el centro, la reflexión catequética el instrumento, la oración el alimento, la comunicación y el diálogo el estilo»¹⁹.

A partir de textos escogidos de las Sagradas Escrituras, se ayuda a los jóvenes a llevar a cabo un diálogo con Cristo²⁰, se les anima a plantear al Señor las mismas cuestiones que los discípulos: «Maestro, ¿dónde vives?». A lo largo de las JMJs se han ido actualizando las mismas preguntas que Jesús hizo a los jóvenes de su tiempo para dirigir las a los jóvenes de hoy. En la homilía de la Santa Misa de clausura de la JMJ de 2011, el Papa Benedicto decía a los jóvenes: «Queridos jóvenes, también hoy Cristo se dirige a vosotros con la misma pregunta que hizo a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís

19. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, n. 3, 8 de mayo de 1996.

20. Cf. JESÚS PULIDO, o.c., p. 38.

que soy yo?». Respondecle con generosidad y valentía, como corresponde a un corazón joven como el vuestro»²¹.

En las catequesis, los Obispos desarrollan el tema elegido por el Santo Padre a partir de la Palabra de Dios. Son una ocasión magnífica de encuentro y de diálogo de los jóvenes con los pastores, que partiendo de los interrogantes profundos de su vida, anuncian la conversión y les proponen los fundamentos de la fe. En las catequesis se da una respuesta a la cuestión del sentido de la vida y el deseo de felicidad. También se presenta la fe en toda su belleza y la verdad y el bien como caminos de encuentro con Dios. Por último, se presenta el amor como resumen de los preceptos y se invita a contemplar los principios morales desde la nueva realidad de hijos de Dios.

El tercer elemento sería el Festival de la Juventud. Dicho festival es una expresión de encuentro, de alegría compartida, de intercambio, de enriquecimiento mutuo a través de la música, el teatro, la danza y otros elementos. Es una fiesta internacional, con actividades musicales, artísticas, históricas y tradicionales del lugar de acogida y de todos los rincones del planeta. Este plan incluye conciertos, exposiciones, muestras, visitas guiadas a museos, obras de teatro, y un largo etcétera; itinerarios biográficos de santos y misioneros; en resumen, un conjunto de actividades que pone de manifiesto cómo la fe también deviene cultura.

3. Laboratorio de la fe, encuentro con Cristo y experiencia de Iglesia

Laboratorio de la fe

La JMJ se convierte en un *laboratorio de la fe*, en feliz expresión que el Beato Juan Pablo II utilizó en la vigilia de oración de Tor Vergata el año 2000. Según él, el diálogo de Jesús con los Apóstoles en Cesarea de Filipo nos introduce en lo que se puede llamar el

21. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa, Cuatro Vientos* 21 de agosto de 2011.

laboratorio de la fe. En ese acontecimiento se desvela «el misterio del inicio y de la maduración de la fe. En primer lugar está la gracia de la revelación: un íntimo e inexpressable darse de Dios al hombre; después sigue la llamada a dar una respuesta y, finalmente, está la respuesta del hombre, respuesta que desde ese momento en adelante tendrá que dar sentido y forma a toda su vida. Aquí tenemos lo que es la fe. Es la respuesta a la palabra del Dios vivo por parte del hombre racional y libre. Las cuestiones que Cristo plantea, las respuestas de los Apóstoles y la de Simón Pedro, son como una prueba de la madurez de la fe de los que están más cerca de Cristo»²².

También el encuentro y el diálogo con Cristo resucitado en el Cenáculo de Jerusalén fue para los Apóstoles una especie de «laboratorio de la fe», especialmente el diálogo con Tomás. Contemplamos en la escena una dialéctica entre la fe y la incredulidad de Tomás y después, una confesión entrañable y profunda de la verdad sobre Cristo. Aquí el *laboratorio de la fe* se ha enriquecido con un nuevo elemento que es el encuentro personal con Cristo Resucitado²³. La JMJ viene a ser también como un laboratorio de fe en que el joven puede vivir el encuentro con Cristo, entrar en diálogo con el Señor resucitado, escuchar sus preguntas y dar una respuesta que comprometa su vida.

La fe es un don de Dios, que nos invita a participar de su misma vida divina. Supone la adhesión de toda la persona a la manifestación que Dios hace de sí mismo, una relación personal con Cristo. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Mediante la fe, estamos arraigados en Cristo, fundamentados en él y respondemos a la llamada de Dios, con confianza, escuchando su Palabra y poniéndola en práctica. Y la fe se hace más profunda y madura, se consolida y crece a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, a medida que se pone a Cristo en el centro de la vida²⁴.

22. JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre en la Vigilia de Oración de Tor Vergata*, n.1, 19 de agosto de 2000.

23. Cf. *Ibidem*, n. 2.

24. Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa, Cuatro Vientos* 21 de agosto de 2011.

El encuentro con Cristo

La finalidad principal de las Jornadas es propiciar en el joven una experiencia fuerte de fe, un encuentro con Cristo, que se convertirá en el centro de su vida, en el punto de referencia constante y la luz que ilumine sus pasos. También una experiencia de comunión con la Iglesia que le ayudará a encontrar y asumir su lugar en la comunidad eclesial. De esta manera, podrá responder a los interrogantes de su existencia y comprometerse en la tarea evangelizadora de la Iglesia²⁵.

El encuentro con Cristo es la finalidad fundamental de las JMJs. El Papa Benedicto XVI, en la introducción de su encíclica *Dios es amor*, resume magistralmente lo que es la vida cristiana y lo que ha de ser en síntesis una JMJ: «No se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»²⁶. La esencia del cristianismo es la persona de Cristo y la vida cristiana arranca de un encuentro con Él. La Persona de Jesucristo es el centro de la vida y de la misión de la Iglesia, y ha de ser el centro de la vida del joven.

El teólogo Romano Guardini había subrayado que la esencia del cristianismo es Jesús de Nazaret, y afirmó también que «Jesús no es sólo el portador de un mensaje que exige una decisión, sino que es Él mismo quien provoca la decisión, una decisión impuesta a todo hombre, que penetra todas las vinculaciones terrenales y que no hay ningún poder que pueda ni contrastar ni detener. Es, en una palabra, la decisión por esencia»²⁷. Los jóvenes no se enamoran de las doctrinas, de las normas morales o de los valores. Los jóvenes se enamoran de personas concretas, y se comprometerán hasta

25. Cf. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, nn. 1- 3, 8 de mayo de 1996.

26. BENEDICTO XVI, *Deus est Caritas*, n. 1.

27. ROMANO GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, pp. 46-47.

dar su vida por la Persona de Jesucristo. Y del encuentro con Cristo nacerán iniciativas y compromisos al servicio de la paz, la justicia, los pobres, y cualquier causa noble que se les presente.

En la vigilia de oración de Tor Vergata el Beato Juan Pablo II describió con precisión el inconformismo del corazón joven, su insatisfacción ante la mediocridad, la inquietud por un ideal de altura y el deseo de cambiar el mundo y cómo el encuentro con Cristo transforma la vida, transforma el corazón, y desde ese encuentro vendrá el seguimiento y el compromiso: «En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna»²⁸.

Una experiencia de Iglesia

La JMJ también propicia una experiencia de la Iglesia, de su catolicidad, de su universalidad. Se experimenta la unidad, la pertenencia a una gran familia, a través de la oración, de la mano del único Señor Jesucristo. Se experimenta, que a pesar de las dificultades de la vida, es hermoso formar parte de la Iglesia universal²⁹. Las JMJs, además de ser una *pedagogía de la fe*, constituyen una *peda-*

28. JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre en la Vigilia de Oración de Tor Vergata*, n. 5, 19 de agosto de 2000.

29. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso ante los Cardenales y la Curia romana*, Roma, 22 de diciembre de 2011.

gogía de la comunión. Son una iniciativa que permite a los jóvenes sentirse miembros de la Iglesia, en plena comunión con sus pastores y con el sucesor de Pedro. A la vez son una manifestación privilegiada de la confianza que la Iglesia deposita en los jóvenes, de la importancia y la atención que toda la Iglesia otorga a las jóvenes generaciones. Por eso se convierte en la Jornada de la Iglesia para los jóvenes y con los jóvenes³⁰.

La JMJ es un acontecimiento de toda la Iglesia, que es siempre joven. Este proyecto pastoral no sólo implica a los jóvenes sino a todo el pueblo de Dios que es fortalecido por el entusiasmo y el impulso de su fe joven. Se trata de hacer protagonistas a los jóvenes. Los jóvenes cristianos, corresponsables con toda la Iglesia de su misión evangelizadora, han de participar activamente en la vida de la Iglesia, celebrar su fe y asumir sus responsabilidades siendo protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación de la sociedad. La experiencia de las JMJs nos enseña que los jóvenes están dispuestos a comprometerse en la Iglesia y en el mundo, y es preciso otorgarles responsabilidades y confiar en ellos³¹.

La dimensión eclesial se manifiesta especialmente por la presencia del Santo Padre, que asegura la comunión con la Iglesia universal. También es importante la participación de los Obispos en medio de los jóvenes y en su trabajo de catequistas. Asimismo la presencia de los sacerdotes y su disponibilidad para los sacramentos y el diálogo personal y también la participación de personas de diferentes estados de vida que hace crecer el deseo de santidad y ayuda a los jóvenes a descubrir su vocación específica. También es importante la integración de movimientos eclesiales y

30. Cf. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, nn. 3.5, 8 de mayo de 1996.

31. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Opciones de Pastoral de Juventud*, n. 20; PROYECTO MARCO DE PASTORAL JUVENIL, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio*, pp. 51-53.

de todas las realidades de Iglesia, especialmente las Delegaciones de Pastoral Juvenil. Todos en camino, participando de la misión común, de la común llamada a la santidad, viviendo la comunión eclesial y el enriquecimiento y complementariedad de carismas³².

32. Cf. JESÚS PULIDO, o.c., pp. 31-35.

JMJ y Pastoral Juvenil



Vigilia de oración. Cuatro Vientos.
Sábado, 3 de mayo de 2003.

Paš

JMJ y la Pastoral Juvenil

Nos podemos preguntar por la relación o la influencia de la JMJ en la pastoral juvenil ordinaria. Según el Beato Juan Pablo II, la JMJ «no es una alternativa de la pastoral juvenil ordinaria, frecuentemente realizada con gran sacrificio y abnegación. Más bien quiere fortalecerla ofreciéndole nuevos estímulos de compromiso, metas cada vez más significativas y participativas. Tendiendo a suscitar una mayor acción apostólica entre los jóvenes, no quiere aislarlos del resto de la comunidad, sino hacerles protagonistas de un apostolado que contagie a las otras edades y situaciones de vida en el ámbito de la nueva «evangelización»»³³.

Un análisis objetivo de la JMJ pone de relieve algunos elementos que se hacen cada vez más imprescindibles en toda pastoral juvenil. Son elementos que brotan por un lado de la manera de ser de los jóvenes y por otro, de su comprensión simultánea por el que los convoca. Son elementos que pueden servir eficazmente en los diferentes niveles de la pastoral, ya sean parroquiales, diocesanos, nacionales o internacionales³⁴. La JMJ fue una apuesta personal del Beato Juan Pablo II que produjo sorpresa y que no estuvo exenta de resistencias en los primeros momentos. Pero la iniciativa fue desarrollándose y hoy día forma parte del programa pastoral de la Iglesia.

33. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del Seminario de estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, n. 3, 8 de mayo de 1996.

34. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, PROYECTO MARCO DE PASTORAL JUVENIL, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio*, pp. 17-21.

1. Elementos que la JMJ aporta a la Pastoral Juvenil

Vamos a analizar algunos componentes que nos parecen imprescindibles para que un evento de estas características pueda desarrollarse.

Una convocatoria atractiva

El primer elemento consiste en una convocatoria que llegue a motivar, a crear expectación y que encienda en los jóvenes el deseo de acudir a esa llamada. En este caso los jóvenes escucharon una llamada del Papa que desveló la alegría de la fe y el deseo de responder a la convocatoria. Además del carisma profético de quien convocaba, también resultaba atrayente la idea de una reunión mundial de jóvenes que comparten su fe y su amistad. Los jóvenes son capaces de grandes sacrificios cuando detectan algo que para ellos vale la pena. Al cabo de los años podemos afirmar que esto resulta válido en los grandes encuentros internacionales y también en encuentros locales.

En la JMJ de Madrid, el pasado mes de agosto, participaron dos millones de jóvenes de todo el mundo. Los participantes en este encuentro, así como sus coetáneos de los diferentes lugares, coinciden en los anhelos más profundos del corazón humano: ser felices, encontrar un sentido en sus vidas. Son solidarios y generosos, inquietos y divertidos; buscan un horizonte vital, un sentido, ya sea entre la abundancia y bienestar del Primer Mundo, ya sea entre la pobreza y la injusticia del Tercer Mundo, por citar algunas situaciones. Por todo ello, y porque les gusta disfrutar de las grandes concentraciones, participaron con gozo en la Jornada.

La JMJ es encuentro, es comunión, es reflexión y es celebración festiva de la fe. Es una ocasión única para ensanchar horizontes, para el enriquecimiento personal a partir del encuentro con otras personas procedentes de los cinco continentes. Una experiencia de globalización positiva, una experiencia de la universalidad de la

Iglesia. Una vivencia del gozo de la fe y de la fuerza de compartir esa fe con tantos otros jóvenes de todo el mundo. En definitiva, una convocatoria atractiva que tiene una respuesta más que satisfactoria.

Un liderazgo creíble

La iniciativa propuesta ha de crear empatía entre el convocante y los convocados. El Beato Juan Pablo II ejerció un extraordinario liderazgo espiritual y social, que se manifestó particularmente con los jóvenes, que vivió con naturalidad y del que seguramente nuestro mundo estaba necesitado. Este liderazgo era consecuencia en definitiva de su santidad personal, que se traslucía en una gran coherencia de vida, en una existencia entregada hasta el final y en un gran dinamismo. Pero esa realidad profunda se expresaba a través de una personalidad arrolladora, de gran simpatía personal, con gran dominio de los *mass media* y de los escenarios más diversos.

El Papa Benedicto XVI presenta unas características en parte iguales y en parte distintas a las de su predecesor. Se presenta ante la Iglesia y ante el mundo con una profunda humildad, una profunda confianza en Dios, en María y en la ayuda de todos los fieles. El Papa Benedicto tiene un carisma y un liderazgo que ejerce con estilo propio; desde una sencillez que rompe los esquemas, desde su profunda espiritualidad y desde su reconocida formación académica. Así se ha vuelto a poner de manifiesto en la JMJ de Madrid, tanto en la masiva participación como en la complicidad en momentos tan significativos como la Vigilia de Oración en Cuatro Vientos, en la que el Papa, lejos de retirarse para ser protegido del aguacero, se mantuvo firme en su lugar. Un gesto que fue sumamente valorado por los jóvenes.

Este liderazgo creíble, no se da únicamente en el caso más relevante como es el del Papa; también se da en todas aquellas personas que ofrecen coherencia entre sus palabras y sus obras, que anuncian el Evangelio con convicción, que están identificados con

el mensaje, que viven entregados a los jóvenes, que perseveran a pesar de las dificultades. En definitiva, es el caso de tantos agentes de pastoral juvenil que, en una parroquia o en un movimiento o asociación, llevan a cabo una obra fecunda de apostolado en el mundo de los jóvenes.

Un proyecto común y mantenido

El Beato Juan Pablo II inició las JMJs y vivió hasta unos meses antes de la que iba a tener lugar en Colonia en agosto de 2005. El Santo Padre Benedicto XVI, en su primer viaje fuera de Italia, culminó los trabajos de preparación y superó con creces las expectativas. Pudimos contemplar en Colonia cómo los jóvenes se adherían, seguían, escuchaban y amaban al Papa Benedicto XVI. Recuerdo que al comenzar la JMJ de Colonia, en varias entrevistas me preguntaron si los jóvenes, acostumbrados al Beato Juan Pablo II y a su carisma, conectarían con el nuevo Pontífice o tal vez se produciría un retroceso. Al final respondí de esta manera: «Si me permiten una imagen, diría que Juan Pablo II era como un viento impetuoso y Benedicto XVI se asemeja más a una brisa suave. Son personalidades muy distintas. Ahora bien, los jóvenes que admiraban, seguían y amaban a Juan Pablo II, ahora admiran, siguen y aman a Benedicto XVI».

Hemos comprobado que los jóvenes, más allá de la persona concreta, valoran sobre todo lo que representa, su misión y función como principio de comunión en la Iglesia, como sucesor de Pedro y pastor supremo de la Iglesia universal. Y así hemos podido comprobar que los jóvenes son más profundos y maduros en la fe de lo que a veces se piensa, y a la vez nos dan ejemplo de sentido eclesial con su participación entusiasta en todas las Jornadas.

Este proyecto común y sostenido consiste en hacer de los jóvenes *centinelas del mañana, mensajeros del Evangelio, constructores y artífices de la paz*, capaces de transformarse a sí mismos y de transformar el propio mundo con la fuerza luminosa del Espíritu

Santo. Esto puede observarse en todas las JMJs. Este horizonte de fondo se ha percibido también en los discursos de Benedicto XVI en Colonia, en Sydney y en Madrid, cuando ha ido exhortando a los jóvenes a convertirse en hombres de verdad y de bien, de perdón y de misericordia, a ser testigos de Cristo ante los hombres, a ser signo de consuelo y de salvación ante el sufrimiento humano.

Unas claves de sintonía

Resulta muy interesante analizar qué es lo que descubrían los jóvenes en el Beato Juan Pablo II para seguirlo de aquella manera, a pesar del paso del tiempo y del deterioro que la enfermedad le producía en los últimos años. Y actualmente nos podemos preguntar qué encuentran los jóvenes en el Papa Benedicto XVI para mantener una sintonía semejante. Creo que pueden reconocerse algunas claves de respuesta.

En primer lugar yo destacaría el cristocentrismo del mensaje papal. Por parte de Juan Pablo II, es patente desde su primera encíclica, *Redemptor Hominis*, la encíclica programática de su pontificado. A través de las JMJs pretende provocar en los jóvenes, como hemos ido analizando, un encuentro profundo que cambie su vida, que la llene de sentido y plenitud. En Benedicto XVI es asimismo evidente y se podría resumir en la afirmación de que lo esencial, lo verdaderamente importante en nuestra misión pastoral es propiciar en las personas una experiencia religiosa de fe profunda, un encuentro personal con Cristo, que cambie sus vidas, que les cambie el corazón.

La segunda clave es el inconformismo. El Papa Wojtyła era un inconformista que quería renovar la Iglesia, que quería cambiar el mundo, la manera de ser de la sociedad, haciéndola más conforme a las enseñanzas del Evangelio. Este deseo de cambio profundo fue una constante a lo largo de toda su vida. El Papa Ratzinger, con un liderazgo y un estilo diferente, sigue en la misma línea. En la Vigilia de oración, en Colonia, remarcaba que la verdadera revolución, el

cambio decisivo del mundo sólo proviene de Dios y se realiza a través de los santos. Su particular empeño contra el relativismo es expresión clara de ese inconformismo.

Como tercera clave podemos destacar que ambos se inspiran de forma directa en el Evangelio con todo lo que eso conlleva de novedad, de frescor, de renovación incesante. Los contenidos y mensajes de las JMJs y de las enseñanzas dirigidas a los jóvenes por ambos pontífices están inspirados en el Evangelio, desde la interioridad y la confianza del Sermón de la Montaña, hasta la caridad del Buen Samaritano que se hace solidario con los necesitados. Desde la fe más íntima, llena de amor a Cristo, hasta el compromiso por el hombre y por toda la sociedad. Partiendo a menudo de textos de los diálogos que mantuvo el Señor con personas de su tiempo y que a vez son de máxima actualidad.

La cuarta clave, a mi entender, es, sin duda, el testimonio de vida. En el Beato Juan Pablo II confluyen los elementos de entrega propios de la vida cotidiana en uno de los pontificados más largos y fecundos de la historia, con los momentos de martirio cruento, como lo fue el atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981. Del Papa Benedicto XVI podemos decir que asume con entrega todas las consecuencias de su misión, afronta con coraje los problemas actuales de la Iglesia y del mundo y, en una época marcada por el relativismo más corrosivo, se ha convertido en el mayor adalid del siglo XXI en el compromiso y la lucha por la verdad y el bien.

2. Desafíos de la sociedad actual y del sujeto posmoderno

La pastoral de juventud es una realidad gozosa no exenta de las dificultades propias de toda actividad apostólica. Actualmente vivimos un momento de profundas transformaciones históricas, culturales y sociales que condicionan dicha tarea. Vamos a analizar algunas características de nuestra época en general, y también del sujeto posmoderno.

Características de nuestra época

Una característica de nuestra época es lo que podríamos llamar crisis en la transmisión, ya sea de cultura, de valores, de tradiciones, de costumbres, de criterios, incluso crisis de comunicación y de diálogo. En el marco de esta crisis general de transmisión, se sitúa también la crisis en la transmisión de la fe.

Dicha crisis está íntimamente unida a la crisis de la institución familiar porque el papel de la familia en la transmisión de la fe es fundamental. Desde siempre, la familia no sólo transmitía la vida, sino también un patrimonio cultural y religioso de generación en generación. La institución familiar está sufriendo una profunda crisis en Occidente producida, entre otras causas, por la aprobación de las leyes del divorcio y el aborto, y también debido al reconocimiento de nuevos planteamientos que se han introducido en la comprensión misma de la familia.

Ahora bien, creo que el principal desafío para la Iglesia y para el cristiano del siglo XXI es el proceso de secularización en el que nos hallamos inmersos. La religión en sí misma y las instituciones religiosas han perdido capacidad de influencia tanto en los individuos como en la sociedad, y a la vez se constata una disminución en la práctica religiosa y en la aceptación de los contenidos doctrinales y morales. Esta situación se convierte en un gran desafío que reclama una respuesta de la Iglesia y de cada uno de sus miembros.

Este proceso conduce al relativismo moral y a la indiferencia respecto al hecho religioso. Según el planteamiento relativista, no hay verdades absolutas, todas son relativas; y la verdad de una proposición dependerá de las circunstancias o de las condiciones en que es formulada. El Santo Padre Benedicto XVI describe lúcidamente la situación al afirmar que «a quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo (...) parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del

relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos»³⁵.

Otra consecuencia de la secularización es la separación entre la socialización cultural y la religiosa que tiene lugar hoy día. Antiguamente, la religión orientaba la vida de las personas y de las familias, impregnaba la escuela y el mundo de la cultura, y enmarcaba la sociedad. La familia, la escuela y las instituciones religiosas ejercían su función de agentes de socialización religiosa, que se llevaba a cabo de un modo continuo, como por contagio. De hecho, la socialización cultural y la religiosa iban unidas. Actualmente nos encontramos que al irse eliminando la conexión entre sociedad y cultura con la religión y la Iglesia, muchos niños y jóvenes llevan a cabo su proceso de socialización desde un contacto insuficiente con la religión.

Por último, cabe señalar también que cada vez es más difícil mantener la propia identidad cultural y religiosa en el actual mundo globalizado, en el que se vive un creciente pluralismo religioso. Por otra parte, en nuestros ambientes van proliferando propuestas de una religiosidad muy subjetiva y meramente emocional, formas de religiosidad que ofrecen unas experiencias espirituales más allá de las religiones institucionalizadas. Un ejemplo es la llamada *New Age*, que carece de un mínimo de estructura institucional y propugna un entendimiento universal de todas las personas y religiones desde un sincretismo bastante elemental.

El sujeto posmoderno

En el sujeto posmoderno podemos observar una gran falta de vertebración, una marcada fragmentación interior. El sociólogo polaco Zygmunt Bauman ha acuñado la metáfora de la *liquidez*³⁶ para

35. BENEDICTO XVI, *Misa «pro eligendo pontífice»*, 18 de abril de 2005.

36. Cf. ZYGMUNT BAUMAN, *Modernidad líquida*, México 2003.

describir la contemporaneidad. Hemos pasado de una modernidad «sólida» y estable a una posmodernidad *líquida* y voluble, en la que las estructuras sociales ya no perduran el tiempo necesario para consolidarse y no sirven de marcos de referencia para los actos humanos. Como consecuencia, la fragmentación de las vidas, la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista, de relaciones transitorias en las que no se mantienen ni las lealtades ni los compromisos. Tiempos líquidos, sociedad líquida, amor líquido, que desembocan en un *hombre líquido* sin consistencia, sin estructura, sin compromiso.

Cada vez escasean más los modelos y referencias que vayan acompañando el crecimiento de las personas. La pérdida de autoridad se detecta en las familias y en las escuelas, y también en las instituciones religiosas y en las entidades de educación en el tiempo libre. Los sistemas educativos tampoco ayudan a reforzar la autoridad de los responsables de la formación y al final lo más fácil es caer en la tentación de inhibirse transfiriendo la responsabilidad propia a los demás. Se añade también la situación de familias desestructuradas en porcentajes cada vez más elevados. Aquel respeto que se tenía por los padres, por los maestros, por los sacerdotes, por los monitores, ha quedado lejos. Corremos el peligro de que en la actualidad los principales agentes educativos acaben siendo la TV e Internet.

Otra característica de nuestra época es la absolutización del presente, que rompe el equilibrio y la integración de los tres tiempos del ser humano: el pasado, el presente y el futuro. Para el sujeto posmoderno no importa nada del pasado ni del futuro, únicamente vale el presente, del que hay que disfrutar siguiendo un ritmo de vida acelerado y cambiante. Todo ello dificulta la referencia a la tradición y genera a la vez una especie de incapacidad para mantener una memoria portadora de sentido para el presente y de orientación para el futuro. Por otra parte, este *presentismo* desemboca con frecuencia en el materialismo y en el hedonismo consumista.

Asistimos también a una especie de exaltación del individualismo, de una cultura de la libertad personal por encima de todo que lleva a medir la realidad desde la propia percepción o conveniencia. El individualista es egocéntrico, narcisista, cada vez más desprovisto de valores morales y sociales, cada vez menos interesado por los demás o por cuestiones trascendentes y más pendiente de la estética que de la ética. Se pierden los signos de identidad y las tradiciones, y esta pérdida, unida a una excesiva afirmación de las libertades individuales, desemboca en el subjetivismo y en una autonomía desproporcionada del individuo frente a la pretensión de las instituciones de regular sus comportamientos.

En este clima, no es de extrañar que la imagen acabe prevaleciendo sobre la realidad. En ocasiones los *medios de comunicación*, más que describir o explicar a fondo la realidad, casi podemos decir que la crean, que la inventan, y llegan a determinar la opinión pública, así como el consumo y hasta los modelos de conducta. Al final, los medios remplazan las interpretaciones religiosas y éticas por una información puntual y directa, y a menudo tratan de situar la realidad más allá del bien y del mal³⁷. Por otra parte, crece el número de personas *hipercomunicadas*, y a la vez con problemas de relación personal. Es una consecuencia de la grandeza y de la servidumbre de las nuevas tecnologías.

3. Respuesta a los desafíos. El joven cristiano de hoy

¿Cómo responder a los desafíos de la sociedad actual? ¿Cómo podrá un joven vivir cristianamente en el momento presente? ¿Qué principios deben regir la vida del joven cristiano? En primer lugar, es importante detectar y valorar los aspectos positivos de nuestra sociedad y tender puentes de encuentro; es preciso mantener una relación amorosa y cordial con el tiempo que nos ha tocado vivir y con las personas que comparten el camino³⁸. Por otra parte, hay

37. Cf. G. LIPOVETSKY, *El imperio de lo efímero*, p. 251-258.

38. Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa con los seminaristas*, Madrid 20 de agosto de 2011.

que dar respuesta a los desafíos presentes. En este sentido, trataremos aquí sobre la perspectiva de la pastoral juvenil y el principio teológico esencial de la misma; después trazaremos algunos rasgos del perfil del joven cristiano de hoy.

a) la perspectiva de la pastoral juvenil: llamada a la santidad

La santidad es la «perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral»³⁹ nos señaló el Beato Juan Pablo II al iniciar el tercer milenio, y nos invitaba a profundizar en el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, dedicado a la vocación universal a la santidad. No cabe otra perspectiva como ideal para todo cristiano que la de plantearse la perfección, la santidad, y en consecuencia, ésta es la única perspectiva posible en la pastoral juvenil. El joven cristiano no puede refugiarse en las limitaciones personales o en las dificultades ambientales y tampoco en la idea de que se trata de una gracia reservada a unos pocos privilegiados. La llamada a la santidad concierne a todos los bautizados.

Así lo han ido planteando Juan Pablo II y Benedicto XVI continuamente a los jóvenes. Por recordar ocasiones recientes, en el discurso de la fiesta de acogida de los jóvenes en la JMJ de Madrid el Santo Padre les exhortaba a «plantearse seriamente la meta de la santidad»⁴⁰. Un mes después, en Friburgo de Brisgovia, les alentaba a tener «la osadía de ser santos brillantes, en cuyos ojos y corazones reluzca el amor de Cristo, llevando así luz al mundo»⁴¹. Una propuesta que se debe hacer desde una vida fundamentada en Cristo, y desde la más absoluta convicción para que pueda ser creíble.

La santidad es sobrenatural y excede la posibilidad humana de ser y de obrar. Ahora bien, Dios puede santificar al ser humano

39. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 30.

40. BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de bienvenida*, Madrid 18 de agosto de 2011.

41. BENEDICTO XVI, *Discurso en la Vigilia de oración con los jóvenes*, Friburgo de Brisgovia, 24 de septiembre de 2011.

haciéndole participar de su vida divina; y éste puede ser santo en la medida en que viva la unión con Dios. El Padre santifica en Cristo, por la comunicación del Espíritu Santo. Es Dios quien tiene la iniciativa y ofrece incesantemente los medios para crecer en la vida cristiana. Por nuestra parte, no cabe otra posibilidad que acoger el don y responder con generosidad desde la confianza en la misericordia de Dios.

En el ámbito de la pedagogía se trabaja con un principio que nos ilustra al respecto; es el llamado *efecto pigmalion*. Según este principio, la forma como miramos y tratamos a los demás está influida de manera sutil por las expectativas que hemos depositado sobre ellos. Y, al mismo tiempo, tiene lugar una relación bastante proporcional entre las expectativas que se depositan sobre las personas y el desarrollo que llevan a cabo. De ahí que sea tan importante confiar en los jóvenes, porque de esta manera se está haciendo una llamada a la conversión, al cambio, a la superación, al crecimiento personal y de ahí la importancia de proponer un ideal de altura en lugar de conformarse con un planteamiento de mediocridad.

Si repasamos con atención el Evangelio, comprobaremos que esta es la pedagogía que Nuestro Señor utiliza continuamente con las personas y que está bellamente reflejada en diferentes relatos. La podemos resumir de esta manera: Dios nos mira con un amor infinito, y respetando nuestra libertad, nos llama a la perfección y nos da la gracia para alcanzarla. Jesús lo dirá en el Sermón de la Montaña, que culmina con el ideal máximo de perfección: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt. 5, 48). Por eso hay que vivir el convencimiento pleno de esa llamada para uno mismo y para los demás, y fundamentar esa seguridad en la Palabra de Dios: «El Padre celeste nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos» (Ef. 1, 4).

b) El principio teológico esencial: la primacía de la gracia

En todo proyecto de vida cristiana y en toda programación de pastoral juvenil es preciso plantear la *primacía de la gracia* como el

principio teológico esencial. De esta forma podremos superar la tentación de pensar que los resultados dependen de nuestras capacidades y de nuestros esfuerzos⁴². La parábola de la casa construida sobre roca nos ayuda a entender esta realidad: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7, 24-25).

La obra de la creación está orientada a la finalidad de que el ser humano alcance la filiación divina. Esta participación en la vida misma de Dios se realiza por la gracia santificante, que sana al hombre pecador y lo eleva a un grado de ser y de vida cualitativamente nuevo. Esta vida de gracia, esta vida en Cristo, debe crecer gradual y progresivamente en un proceso que dura hasta el encuentro definitivo con Dios. Esta es la voluntad de Dios sobre sus hijos, que la vida de gracia que comienza en el Bautismo se desarrolle plenamente.

En la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*⁴³ encontramos una admirable síntesis que recoge toda la enseñanza de la Tradición de la Iglesia: consumada la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que santificara a la Iglesia. El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles, dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia, la guía hacia la verdad y la unifica en ministerio y comunión.

El concepto de comunión con Dios nos ayuda a entender el misterio de la inhabitación de las tres divinas Personas en el corazón del cristiano. La comunión es un concepto, en realidad, muy cercano a salvación porque quien permanece en comunión con Dios tiene vida eterna, está en Dios y Dios en él. Este es el misterio

42. Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 38.

43. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n. 4.

central de la vida cristiana, un misterio que debería ocupar la mayor parte de nuestra oración y estudio, que debería ocupar más espacio en las catequesis y predicaciones y también debería ser el elemento principal de la vida de fe de los fieles. Es un misterio de amor de Dios a sus hijos que debemos contemplar en actitud de adoración.

El fundamento de la espiritualidad cristiana es, por tanto, la realidad de que Padre, Hijo y Espíritu Santo han querido constituirse en principio de vida nueva para nosotros. De ahí la importancia y necesidad de mantener una relación personal con cada una de las Personas divinas. Todos los elementos de la vida cristiana han de estar referidos a esta relación y los planteamientos espirituales han de estar centrados en la inhabitación de la Trinidad. Es preciso superar aquellas espiritualidades que se ciñen casi exclusivamente a los valores éticos del Evangelio sin vincularlos suficientemente a las Personas divinas o aquellas otras que tienden al voluntarismo olvidando el principio de la primacía de la gracia.

c) Líneas de fuerza para el joven cristiano

Los jóvenes forman parte de una sociedad cada vez más secularizada, fragmentada y líquida, tal como hemos visto. A la vez, están llamados a la santidad y a vivir su compromiso cristiano en medio del mundo. La iniciativa de esa llamada es de Dios, y también la garantía de su gracia para poder llevarla a cabo. Este es el ideal del joven cristiano, que hemos de ser capaces de presentar con toda su grandeza y belleza. Vamos a subrayar algunos aspectos que vienen a ser como líneas de fuerza en su espiritualidad, en su formación y en su compromiso activo en medio del mundo.

1. Profunda espiritualidad

El joven cristiano del siglo XXI ha de tener una profunda espiritualidad. Ha de distinguirse por una vida de oración intensa, que se alimenta fundamentalmente de la Palabra de Dios y de los sacramentos. Es preciso ayudar a los jóvenes a descubrir la Eucaristía

como la fuente y la cumbre de su vida cristiana y de la vida de la Iglesia, y el sacramento de la Reconciliación como el encuentro con Cristo que libera del pecado, de la esclavitud más radical. La adoración, que de manera cada vez más natural y central forma parte de las JMJs, y de la espiritualidad que proviene de ellas, ha de ser un elemento importante en la vida espiritual del joven. La adoración es un acto de fe, y sólo desde esta actitud se puede celebrar la Eucaristía y recibir el Cuerpo del Señor de modo adecuado⁴⁴.

En la Sagrada Liturgia encontramos una escuela que nos ayuda a transmitir los aspectos más esenciales de la espiritualidad católica. La celebración de la liturgia de la Iglesia va marcando a lo largo de todo el año y de toda la vida, la mente y el corazón de los creyentes con el sello trinitario. La liturgia favorece en los jóvenes la educación espiritual más profunda, porque les enseña a vivir como hijos su relación con el Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. La liturgia tiene una fuerza santificadora y educativa única e incomparablemente mayor que las devociones particulares o los matices propios de cada espiritualidad concreta, ya que actualiza, hace presente el misterio pascual de Nuestro Señor con toda su fuerza transformadora.

En la espiritualidad del joven también ha de ocupar un lugar preferente María. Madre de Dios y madre nuestra, que desempeña una misión única en la Historia de la Salvación y en la historia de la Iglesia. Su vida es un ejemplo incomparable en el camino de la fe, en el que nos guía como estrella luminosa y su quehacer de madre nos congrega como una familia y nos asegura su intercesión constante. Por eso es fundamental en la vida cristiana y en nuestra espiritualidad. Por otra parte, la Iglesia nos propone también a los santos como ejemplos en el seguimiento de Cristo, en la respuesta generosa a la llamada a la santidad.

44. Cf. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso ante los Cardenales y la Curia romana*, Roma, 22 de diciembre de 2011.

2. Vivir la pertenencia y el amor a la Iglesia

En segundo lugar, no puede vivir de forma individualista su fe, porque sería imposible en la situación actual, y sobre todo, porque Dios nos llama a vivir la fe en familia, en Iglesia. El Santo Padre lo expresó muy rotundamente en la homilía de la Santa Misa en Cuatro Vientos : «Queridos jóvenes, permitidme que, como sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él»⁴⁵.

La Iglesia, peregrina en la tierra, ha de vivir la comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y también la comunión de los fieles que la integran entre sí, participando de la vida divina y formando un nuevo pueblo, una nueva familia, la familia de los hijos de Dios. En su ser más profundo, la Iglesia es misterio de comunión con Dios y entre las personas. La incorporación a la Iglesia se realiza por el Bautismo, que es como la puerta; a su vez, la Eucaristía es la raíz, el centro de la vida del cristiano y de la Iglesia. El joven cristiano ha de tener conciencia clara de su pertenencia a la Iglesia, ha de amar y defender a la Iglesia con pasión de hijo, y ha de recorrer su camino de vida cristiana desde la unión inseparable a Cristo y a la Iglesia.

En la oración sacerdotal Jesús se dirige al Padre diciendo: «Padre, que todos sean uno como tu y yo somos uno, para que el mundo crea» (Jn 17, 21). Vivir la unidad es la condición indispensable para anunciar el Evangelio, para que la acción evangelizadora

45. BENEDICTO XVI, *Homilía de la Santa Misa en Cuatro Vientos*, 21 de agosto de 2011

sea eficaz, para el futuro mismo de la evangelización. Si no vivimos la unidad, no podemos ser creíbles cuando presentamos el mensaje cristiano. Por eso es especialmente importante el compromiso de todos para hacer de cada comunidad cristiana una casa y escuela de comunión y para formar a los jóvenes en la conciencia de pertenencia a la Iglesia y en el amor a la Iglesia.

3. Sólida formación

Nos encontramos en un momento histórico de cambios rápidos y profundos y de un relativismo creciente. En esta situación, el cristiano debe responder a un desafío cultural continuo para lo cual requiere una sólida formación. Por eso el joven cristiano, además de ser competente en su ámbito profesional, ha de alcanzar una formación integral y una síntesis entre fe, cultura y vida. El Beato Juan Pablo II puso de relieve la importancia de la formación en la exhortación apostólica *Christifideles laici*, subrayando que el objetivo fundamental de la formación de los laicos es que lleguen a descubrir su vocación y también la disponibilidad para vivir dicha vocación en el cumplimiento de la propia misión⁴⁶.

En ese camino de descubrimiento y vivencia de la propia vocación y misión, es muy importante que se preparen para afrontar la realidad y para transformar la sociedad según la voluntad de Dios. El Siervo de Dios Pablo VI había señalado en su momento dirigiéndose a los militantes del Movimiento de Cursillos de Cristiandad que «el seglar, al formarse en cristiano, reforma su mentalidad y conforma su vida con la imagen de Cristo, por medio de la fe, la esperanza y la caridad; trasforma, actuando en plena responsabilidad propia, las estructuras temporales en las que está inmerso; guiado en su acción por la mirada de Cristo trata de rehacer continuamente el mundo según el plan y el diseño de Dios»⁴⁷.

46. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, nn. 58-59

47. PABLO VI, *Discurso con ocasión de la Asamblea Mundial de los Cursillos de Cristiandad*, Roma, 28 de mayo de 1966.

La formación ha de fortalecer las convicciones del joven cristiano y ha de alimentar su vida en Cristo. En el encuentro que el Santo Padre Benedicto XVI mantuvo en El Escorial con profesores universitarios jóvenes, les exhortaba a no conformarse con la mera comunicación de contenidos, les animaba a que llevaran a cabo su tarea formativa despertando la sed de verdad que los alumnos tienen en lo profundo de su corazón, alimentando el anhelo de un ideal de altura que corresponda a todas las dimensiones humanas y las integre. Se trata de un camino hacia la verdad completa que a su vez compromete al ser humano en su totalidad, un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. Un camino que conduce a Jesucristo, camino, verdad y vida⁴⁸.

4. Acción apostólica

El joven cristiano ha de tener una espiritualidad profunda y una formación sólida, y no vivir pasivamente su vida de fe, sino que se proyecta a través de la acción, de la acción apostólica, actuando como lo que es, un hijo de Dios llamado a la santidad y al apostolado. La acción apostólica es una consecuencia lógica de la vida cristiana y debe estar siempre iluminada por el estudio y fundamentada en la vida de fe. El joven cristiano es un fiel incorporado a Cristo por el Bautismo, que ejerce en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano. La participación en dicha misión tiene su raíz en el Bautismo, se desarrolla en la Confirmación y se alimenta en la Eucaristía.

Jóvenes en la Iglesia, y cristianos en el mundo, en el tercer milenio que acabamos de comenzar. Jóvenes con sentido de pertenencia y amor a la Iglesia, que se sienten miembros vivos y corresponsables en sus Iglesias locales. Jóvenes en las parroquias y comunidades eclesiales, en asociaciones y movimientos, en diferentes realidades de Iglesia, que rejuvenecen las comunidades, que aportan nuevas

48. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con profesores universitarios jóvenes*, El Escorial 19 de agosto de 2011.

energías de renovación. Colaborando con los más diversos servicios, en la liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y la catequesis, como animadores de otros jóvenes, en grupos de estudio y de revisión de vida, como dirigentes de los diversos movimientos, grupos y asociaciones apostólicas.

Cristianos en este mundo, en el momento presente. Han de ser los evangelizadores de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, implicados en sus diferentes ocupaciones: estudiando, trabajando, estableciendo relaciones de amistad, y también culturales, profesionales, sociales. Cristianos en medio de un mundo en cambio constante en el que es preciso dar respuesta a las nuevas situaciones de la economía y de la política, de la cultura, la ciencia y la investigación, en el que es fundamental su compromiso en la acción evangelizadora y en la fermentación evangélica de los ambientes y las estructuras. En definitiva, llamados a ser en el mundo la sal que aporte vigor, la luz que ilumine y la levadura que fermenta la masa.

5. Acompañamiento Espiritual

El proceso de maduración de la vida de fe no está exento de dificultades. Este camino de relación personal con Dios y de desarrollo de la vida cristiana en la Iglesia y en el mundo difícilmente se puede recorrer en solitario, individualmente, sin la ayuda de la comunidad y de alguna persona más experimentada que pueda acompañar y ayudar en los momentos de discernimiento, a la hora de tomar decisiones. Por eso resulta imprescindible contar con la ayuda de un sacerdote, o un religioso, o un laico preparado para estos menesteres, que vayan ayudando a resolver los problemas, a despejar las dudas, a adquirir criterios rectos y a formarse doctrinalmente.

En este camino de crecimiento en la vida de fe el joven ha de ir descubriendo su vocación y su misión en la Iglesia y en el mundo. La oración, la meditación de la Palabra de Dios y la reflexión personal serán fundamentales en ese discernimiento, pero es necesaria

también la figura del director espiritual que ayude al conocimiento de sí mismo, a la unión con el Señor, a buscar la voluntad de Dios en sus vidas. La experiencia y el consejo de alguien con capacidad para guiar en el camino ayudará a hacer fructificar los dones recibidos y también a discernir en medio de las situaciones históricas y las vicisitudes personales.

Actualmente se habla de acompañamiento espiritual y de dirección espiritual indistintamente. Se puede decir que son realidades análogas, es decir, en parte iguales y en parte diferentes. Puestos a hacer algunos subrayados, podemos decir que el acompañamiento está más en la línea de la amistad espiritual, la escucha, la consolación, la motivación para la vida cristiana. Cuando hablamos de dirección espiritual, además de los aspectos anteriores, se subraya también la dimensión de una guía en el progreso espiritual y de un espíritu de obediencia por parte del dirigido.

6. *Consistencia personal*

En medio de una sociedad *líquida*, el joven cristiano ha de ser un sujeto consistente y firme. La persona consistente es la que integra con coherencia los diferentes elementos que componen su vida. Para llegar a vivir con firmeza, con consistencia, es necesario fundamentar la vida en Dios, y ese camino lleva a una existencia en verdad y en humildad, en definitiva, a una existencia realista. La humildad sitúa a la persona en la verdad y la libra de la vanidad y de la soberbia. La humildad no es más que la actitud realista, la actitud lógica que tiene la criatura ante Dios, su Creador. El humilde reconoce que todo lo ha recibido de Dios y que no es nada por sí mismo.

El camino de la humildad se aprende sobre todo desde la contemplación de Cristo Redentor y de su camino de humillación hasta la muerte en cruz. Él, siendo Dios, acepta la máxima humillación, el máximo abajamiento, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. Flp 2, 1-11). Esta es la pedagogía de la obra redentora

de Cristo y el camino que debe recorrer el discípulo. Todo progreso espiritual es gracia de Dios, que resiste a los soberbios y enaltece a los humildes. Santo Tomás de Aquino recuerda que la humildad quita los obstáculos para la virtud porque expulsa la soberbia, a la que Dios resiste, y hace al hombre someterse al influjo de la gracia divina. Y desde este punto de vista, la humildad tiene razón de fundamento del edificio espiritual⁴⁹.

El crecimiento en la vida de fe sólo puede tener lugar *en la verdad*, porque Dios siempre santifica en la verdad (cf. Jn 17, 17), y donde no hay humildad no hay tampoco verdad y, por consiguiente, no puede haber santificación posible. Santa Teresa de Jesús lo explica con lucidez: «Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y me puso delante esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que es verdad muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira»⁵⁰. El joven cristiano del siglo XXI encuentra su consistencia viviendo en verdad, en humildad, centran-do su vida en Cristo, superando toda tentación de construir egocéntricamente su existencia.

7. Alegría

El joven que en su vida se encuentra con Cristo, encuentra el tesoro escondido (cf. Mt. 13, 44-46) y este hallazgo produce una gran plenitud y alegría. Esta alegría de la salvación es algo que se percibe desde las primeras páginas del Evangelio: en la Anunciación; en la Visitación, cuando la Virgen María expresa su gozo con el cántico del Magnificat. Lo mismo sucede cuando Jesús nace en Belén y cuando María y José presentan al niño en el Templo. Los evangelios recogen también momentos de la vida pública en que el Señor muestra alegría y gratitud en una oración que celebra la be-

49. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, 161, 6.

50. TERESA DE JESÚS, *Las Moradas*, Moradas Sextas10, 7.

nevolencia del Padre (cf. Lc 10, 21). También invita a los discípulos a alegrarse por el don del Espíritu Santo. La alegría es un fruto del Espíritu Santo, como el amor y la paz (cf. Ga 5, 22).

La alegría es fruto del amor, nace del amor, según enseña Santo Tomás de Aquino. No es una virtud distinta del amor, sino su efecto⁵¹. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4, 16) y el ser humano está llamado a recibir el amor de Dios y a permanecer en él, y también a vivir según ese amor, a compartirlo y a comunicarlo. Cuanto más experimente el amor de Dios en su vida, cuanto más corresponda al amor de Dios y cuanto más proyecte ese amor hacia los hermanos, mayor será su alegría. Un gozo inmenso y profundo que nada ni nadie le podrá arrebatar jamás. Una alegría más fuerte que las penas, las dificultades e incluso la persecución.

Desde la experiencia del amor de Dios que genera un gozo inefable, el joven cristiano se ha de convertir en mensajero de alegría, en testigo de la alegría, que trasmite a los demás la alegría de haber encontrado a Cristo⁵². En la sociedad actual hay personas que viven tristes, angustiadas, hastiadas; personas que materialmente lo pueden tener todo, pero que han perdido el sentido de la vida y el gozo de vivir. Que lo han probado casi todo y que están cansados de casi todo. Los logros materiales, los avances científicos y tecnológicos, las posibilidades de placer, no acaban de saciar su sed de felicidad. Será preciso que el joven cristiano de un testimonio de esperanza, que sea transmisor de alegría, una alegría sencilla y contagiosa que provocará no pocos interrogantes.

8. *Un estilo de vida austero*

En una sociedad caracterizada entre otros aspectos por el materialismo y el consumismo, y que actualmente está sumida en una

51. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, 28, 4.

52. Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud 2012*.

grave crisis económica, el joven cristiano ha de responder desde su conciencia a la situación actual y se ha de posicionar en relación a los bienes materiales. Uno de los peligros de la *sociedad del bienestar* es que produzca un modelo de ciudadano cuyo principal objetivo en la vida es la mera acumulación de riquezas y el consumo de bienes materiales. La concepción consumista y hedonista de la vida conduce a una grave deshumanización⁵³.

Por eso es tan importante la educación de los jóvenes para que hagan un uso adecuado de los bienes y para que tengan una actitud solidaria en lugar de egoísta. Nuestras inquietudes, nuestros ideales han de orientarse a un crecimiento en el ser y no en el tener, hemos de vivir en función del ser y no del tener. No se trata de acumular riquezas, sean del tipo que sean, sino de procurar crecer como personas y como cristianos, conscientes de que formamos una gran familia con toda la humanidad. Por eso, el joven cristiano ha de vivir con un estilo de vida austero.

La opción del joven cristiano por la austeridad, más aún, por la pobreza se inspira en el mismo Cristo, que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. Él quiso que sus compañeros y colaboradores también vivieran pobremente, y más aún, rompiendo los esquemas de su época y de todas las épocas, declara felices, bienaventurados a los pobres (cf. Mt 5, 3). La clave para entender esta bienaventuranza se encuentra en la confianza. El ser humano tiene necesidad de seguridad, sobre todo respecto al futuro; y el peligro consiste en poner toda la confianza en la riqueza, ya sea material, cultural, afectiva, espiritual, cuando la seguridad fundamental sólo está en Dios, y en él hay que poner la confianza principal.

9. *Solidario con el sufrimiento humano*

En la homilía del Vía Crucis de la JMJ de Madrid, el Papa Benedicto XVI pidió a los jóvenes que prestaran atención al sufrimiento huma-

53. Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Centesimus Annus*, n. 36.

no: «Vosotros que sois muy sensibles a la idea de compartir la vida con los demás no paséis de largo ante el sufrimiento humano, donde Dios os espera para que entreguéis lo mejor de vosotros mismos, vuestra capacidad de amar y compadecer»⁵⁴. Hoy más que nunca han de vivir aquella afirmación del Concilio Vaticano II que mantiene toda la actualidad: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los más pobres y de cuantos más sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón»⁵⁵.

No se trata de un compromiso en momentos de crisis o de especial dificultad. La solidaridad y la ayuda desinteresada al prójimo son el ejercicio del amor por parte de la Iglesia⁵⁶. Este amor tiene que manifestarse a nivel individual, por parte de cada creyente, y también como acto de la comunidad, porque la Iglesia ha de ser una comunidad de amor. La acción caritativa y social de la Iglesia no puede ser una simple organización de ayuda al necesitado, por más eficiente que llegue a ser. En el fondo, se trata de la experiencia del amor de Dios que produce un nuevo modo de vivir como personas y como cristianos, una generosidad que nace del encuentro con Cristo en la propia vida, que mueve a ayudar a los demás⁵⁷.

Por consiguiente, amar, compadecer, ayudar a los hermanos necesitados, es algo esencial para la Iglesia, forma parte de su naturaleza íntima. El amor de Dios conocido, creído y vivido nos lleva a compartirlo todo con los hermanos en la Iglesia y también nos lleva a traspasar los confines de la misma Iglesia para vivir la universalidad del amor compartiendo la vida y los bienes con todo ser humano necesitado. La actividad de la Iglesia en todos sus miembros tiene

54. BENEDICTO XVI, *Homilía Via Crucis con los jóvenes*, 19 agosto de 2011.

55. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Pastoral Gaudium et Spes*, n. 1.

56. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, nn. 19-39.

57. Cf. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso ante los Cardenales y la Curia romana*, Roma, 22 de diciembre de 2011.

que ser una expresión del amor de Dios. Un amor recibido, compartido y proyectado, que busca el bien de la Iglesia y el bien de toda persona que encontremos en nuestro camino, y que los jóvenes viven con particular empeño.

10. Testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI

El joven cristiano que cultiva su espiritualidad y su formación, que se compromete en la Iglesia y en el mundo, que procura ser austero respecto a sí mismo y solidario con los demás, y que transmite la alegría del Evangelio, se convierte en un auténtico testigo de Jesucristo en el mundo de hoy. No habla de memoria ni repite un discurso teórico. Lo que comunica es su propia experiencia, su vida nueva tras haber encontrado al Señor. El encuentro con Cristo, la unión con Él, la fe vivida con intensidad y con pasión suscita un estilo evangelizador, testimonial, convencido y convincente, porque quien ha encontrado a Cristo no puede reservarse ese tesoro egoístamente, sino que tiende a compartirlo con los demás.

Así lo exhortaba el Papa a los jóvenes en la Misa de clausura de la pasada JMJ, en el aeródromo de Cuatro vientos: “Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios (...). También a vosotros os incumbe la extraordinaria tarea de ser discípulos y misioneros de Cristo en otras tierras y países donde hay multitud de jóvenes que aspiran a cosas más grandes y, vislumbrando en sus corazones la posibilidad de valores más auténticos, no se dejan seducir por las falsas promesas de un estilo de vida sin Dios”⁵⁸. Un testimonio que ha de ser valiente y decidido, a la vez que prudente y lleno de amor a los hermanos; que se ofrece con la palabra y con la vida, sin ocultar nunca la identidad cristiana⁵⁹.

58. BENEDICO XVI, *Homilía en la Santa Misa de clausura de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud en el aeródromo Cuatro Vientos de Madrid*, 21 de agosto de 2011.

59. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en la Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional de Madrid Barajas*, Madrid, 18 de agosto de 2011.

El joven ha de vivir su dimensión martirial a través de su testimonio de fe, a través del compromiso de la evangelización, a través de un testimonio de vida que se ofrece con el impulso de los orígenes, con un ardor renovado, en los areópagos del mundo moderno. Ha de ser consciente también de que en estos lugares de anuncio y de propuesta, el testimonio decidido y luminoso de Cristo puede ser objeto de rechazo, y que los areópagos se pueden convertir en modernos coliseos, es decir, lugares de persecución, aunque ésta sea sutil e incruenta. Es el momento de recordar las palabras de Jesús: «Tened confianza, yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). En Cristo se hallará la fuerza para hablar sin temor, con coraje y libertad de espíritu.

JMJ y Pastoral Vocacional



Santa Misa con los seminaristas. Catedral de la Almudena.
Sábado, 20 de agosto de 2011.

JMJ y la Pastoral Vocacional

La JMJ es un momento privilegiado para encontrar respuestas a los grandes interrogantes de la vida. Asimismo, es un momento de gracia para hallar respuesta a los interrogantes sobre la vocación, para percibir la llamada del Señor. Uno de sus frutos más palpables son las vocaciones. De ahí que el Santo Padre Benedicto XVI desde Colonia ha querido mantener encuentros con los seminaristas y con miembros jóvenes de la vida consagrada, dedicándoles un momento específico, para poner de relieve la dimensión vocacional propia de la JMJ⁶⁰.

1. La vida como vocación

La pastoral de juventud tiene como objetivo fundamental propiciar en el joven una experiencia profunda de fe, un encuentro con Cristo que transforme radicalmente su vida, tal como hemos ido considerando. En segundo lugar, tiene que ayudar también a cada joven a descubrir su vocación concreta y a responder a la llamada de Dios. La vocación a la santidad y al apostolado emana del Bautismo y es común a todos los miembros de la Iglesia. Ahora bien, dicha vocación común se ha de especificar en una llamada concreta a cada persona. Para el joven que está en situación de discernir su vocación, la JMJ es un momento de experiencia fuerte, de búsqueda y de hallazgo, de formular preguntas y de encontrar respues-

60. Cf. BENEDICTO XVI, *Audiencia general* del 24 de agosto de 2005.

tas, de llamadas y seguimientos, es un momento propicio para las grandes opciones, para los grandes compromisos.

Toda vida es una vocación

El Siervo de Dios Pablo VI afirmaba que toda vida es una vocación: «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos como un germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar: su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino, que le ha sido propuesto por el Creador. Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación»⁶¹. En la misma línea se expresará después el Beato Juan Pablo II en el mensaje para la XXXVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que tuvo lugar el 6 de mayo del 2001, y llevaba por título y de eje temático *La vida como vocación*⁶².

De modo semejante, lo hizo más recientemente el Santo Padre Benedicto XVI al comienzo de la Encíclica *Caritas in Veritate*: «Cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo plenamente: en efecto, encuentra en dicho proyecto su verdad y, aceptando esta verdad, se hace libre (cf. Jn 8,32)... Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano.... En Cristo, la caridad en la verdad se convierte en el Rostro de su Persona, en una vocación a amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto»⁶³. Este es el planteamiento básico de la pastoral vocacional. Pero para

61. PABLO VI, Carta Encíclica *Populorum Progressio*, n.15.

62. Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la XXXVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 14 de septiembre de 2000.

63. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Caritas in veritate* n. 1.

que vaya penetrando en la mente y el corazón de las personas, es preciso crear una cultura de la vocación.

Cultura de la vocación

Hoy día corremos el peligro de que los jóvenes queden atrapados por el materialismo consumista, o se conformen con proyectos de vida insuficientes, o se instalen en la *mediocridad de los buenos*, aquellos que son cumplidores de las normas, pero incapaces de seguir la llamada a un ideal mayor, como el caso del joven rico.

Si algo define al corazón joven es su insatisfacción y su inconformismo. En lo profundo de su corazón busca el bien y la verdad, desea vivir en la coherencia y en la solidaridad. Los jóvenes están necesitados de *Alguien* que los llame por su nombre para un ideal de altura. Y como complemento a sus aspiraciones más profundas, es preciso promover una cultura vocacional que conecte con estas inquietudes y pueda ayudar a saciar su sed de sentido, de felicidad y de compromiso. Una cultura que permita al joven de hoy encontrarse a sí mismo, recuperar los valores del silencio, de la contemplación, de la relación de amistad, del amor. Una cultura vocacional que les ayude a descubrir la grandeza de la entrega y del compromiso a través de un proyecto de vida que sea duradero.

Este marco apropiado de cultura de las vocaciones requiere que el misterio de la vocación sea objeto de una atención constante por parte de la comunidad cristiana. Se ha de promover a través de diferentes medios: en primer lugar, una cadena de oración continua, también por medio de la reflexión serena y la pedagogía adecuada, y finalmente, a través de las más variadas iniciativas vocacionales. Todo ello ha de estar encaminado a crear un clima de escucha de la voz del Señor y de búsqueda de su voluntad. Esto sólo será posible si se da lo que el Beato Juan Pablo II llamó un *salto de calidad*, que consiste en pasar de un planteamiento de pastoral vocacional que se encarga a unos especialistas concretos, a otro bien distinto según el cual es considerada un objetivo prioritario de toda la comunidad cristiana.

En la Carta Apostólica que envió a los jóvenes con ocasión del Año Internacional de la Juventud⁶⁴ comienza su reflexión a partir del encuentro de Jesús con el Joven rico y del diálogo que ambos mantienen. Distingue los conceptos de *vocación* y de *proyecto*. El proyecto lo elabora uno mismo mientras que en la vocación hay otros factores que intervienen. Ahora bien, cuando un joven se hace la pregunta *¿qué me queda aún?, ¿qué me falta?*, y la hace a las personas que le rodean y acompañan en su camino, se supone que espera una respuesta. Y cuando el joven se hace esta pregunta en el momento de la oración, es que está preguntando a Dios cuál es su plan sobre él, cuál es su voluntad.

Llegados a este punto, «el ‘proyecto’ adquiere el significado de ‘vocación de vida’, como algo que es confiado al hombre por Dios como tarea. Una persona joven, al entrar dentro de sí y a la vez al iniciar el coloquio con Cristo en la oración, desea casi leer aquel pensamiento eterno que Dios creador y padre tiene con ella. Entonces se convence de que la tarea que Dios le asigna es dejada completamente a su libertad y, al mismo tiempo, está determinada por diversas circunstancias de índole interior y exterior. La persona joven, muchacho o muchacha, examinando estas circunstancias, construye su proyecto de vida y a la vez reconoce este proyecto como la vocación a la que Dios la llama»⁶⁵.

Toda vocación cristiana es un don de Dios y tiene lugar en la Iglesia. Dios es el que llama, y el camino habitual es que se sirva de mediaciones, de personas que acompañan en el proceso y que ayudan en el discernimiento. Esta mediación ha de llevarse a cabo con honestidad y delicadeza, evitando la posible tentación de caer en dos extremos: el *dirigismo* por un lado, o la omisión de cualquier tipo de propuesta vocacional, por otro. En la tarea de la pastoral vocacional, todos somos responsables: Obispo, presbíteros,

64. Cf. JUAN PABLO II, *Carta Apostólica a los Jóvenes y a las Jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud*, n. 9; 31 de marzo de 1985.

65. *Ibidem*.

miembros de la Vida Consagrada, movimientos y asociaciones, grupos vocacionales, etc. La familia cristiana tiene una gran importancia, y también aquellas personas que intervienen en la formación de niños y jóvenes: los catequistas, los profesores, los educadores y los animadores de la pastoral juvenil.

Vocación y vocaciones

Si planteamos la vida como vocación hemos de concluir que todo ser humano tiene vocación. Plantear la vida como vocación significa aceptar la primacía de Dios en la existencia de la persona. La iniciativa es de Dios y la persona corresponde con su respuesta. La vocación es una llamada a realizar en la vida el plan de Dios. Desde un punto de vista teológico el discurso sobre la vocación se articula en tres ámbitos: vocación a la vida; vocación a la vida en Cristo, vivida en la Iglesia; vocaciones específicas. Para hacer comprender el designio sobre la persona, Dios se sirve de mediaciones, de dones interiores y de las *provocaciones* que vienen de la realidad, de la misma vida, que toda ella llama e interpela⁶⁶.

La llamada a la vida es la primera vocación, y procede de Dios creador. Por su palabra creadora comienzan a existir realidades que hasta entonces no existían. Después vendrá la llamada a la salvación universal en Cristo. La llamada a la vida en Cristo es personal e inscrita desde siempre en un proyecto que el Padre tiene para cada uno. Esta llamada a realizar la propia vida en comunión con Dios es la suprema realización individual y comunitaria del ser humano. La mediación ordinaria de esta llamada es el Bautismo, que contiene un dinamismo que lleva hacia la santidad y el apostolado.

La vocación universal y común a la vida en Jesucristo y a la santidad en su seguimiento, se especifica en diversas vocaciones laicales⁶⁷

66. SEVERINO DE PIERI, *Vocazione*, en *Dizionario di Pastorale Giovanile*, Torino 1992, pp. 1284-1296.

67. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, Roma 1988, nn. 55-56.

y de especial consagración, así como la vocación misionera, como dimensión transversal común a todas las vocaciones y estados de vida. De este modo, el misterio de la Iglesia actualiza la infinita riqueza del misterio de Jesucristo en la diversidad de estados de vida y de vocaciones. Viene a ser como un inmenso jardín de variadas flores, o como una bella sinfonía en la que colaboran múltiples voces e instrumentos.

Sacerdocio ministerial

El sacerdocio ministerial representa la garantía de la presencia sacramental de Cristo Redentor a lo largo de la historia, en los distintos tiempos y lugares. El Obispo es el principio de comunión en la diócesis y tiene que ser padre, pastor y servidor de todos. La Iglesia diocesana es una comunidad de fe, de gracia, de amor y de apostolado. Los Obispos, sucesores de los Apóstoles⁶⁸, reciben el ministerio de la guía de la comunidad como pastores, como maestros de doctrina y como sacerdotes del culto sagrado.

Los presbíteros y los diáconos son colaboradores del Obispo, comparten la solicitud por la evangelización y se consagran plenamente al servicio de la Iglesia diocesana.⁶⁹ Su ministerio es comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del Obispo. Su vida y ministerio son continuación de la vida y de la acción de Cristo, y en consecuencia han de seguir su estilo de vida y han de vivir sus actitudes. En eso consiste su identidad y ahí radica la fuente del gozo de la vida sacerdotal. La celebración de la Eucaristía es el momento privilegiado para expresar la unión con Cristo y la entrega a los hermanos.

68. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, nn. 20. 24-27.

69. Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, nn. 2. 4; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 67; JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*, nn. 15-18.

Vida consagrada

Los miembros de la vida consagrada⁷⁰ aportan la peculiaridad de su consagración testificando la índole escatológica de la Iglesia. Son en el mundo testigos elocuentes del Dios vivo. La vida consagrada tiene una gran significación profética porque pone de manifiesto la primacía de Dios y de los valores evangélicos. En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal a Cristo y a los hermanos. En nuestro mundo es urgente un testimonio valiente y profético de las personas consagradas. Un testimonio en primer lugar de la primacía de Dios y de los bienes futuros, a través del seguimiento y de la imitación de Cristo.

Los institutos de vida activa llevan a cabo el anuncio evangélico, la acción caritativa y social, la educación cristiana de niños y jóvenes, la cultura y la solidaridad con los más pobres y necesitados. Ellos hacen presentes los valores del Reino a través de la vivencia de la castidad, la pobreza y la obediencia, con una entrega total a Dios y con plena disponibilidad para servir a las personas concretas y a la sociedad, siguiendo el ejemplo del mismo Cristo.

Las comunidades de vida contemplativa son un signo de trascendencia y de comunión, de acogida, de diálogo y de oración. Desde su vida comunitaria, con el trabajo y la oración incesante, son una fuente de renovación de la sociedad y de la historia y contribuyen eficazmente al crecimiento de la Iglesia. Son testigos de Dios y maestros de la fe que ayudan a sus contemporáneos a elevar sus horizontes y expectativas vitales.

Estado de vida laical

Lo específico del estado de vida laical es la índole secular. Laicos⁷¹ son todos los fieles incorporados a Cristo por el Bautismo,

70. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Vita Consecrata* nn. 84-85; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 69.

71. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, nn. 30-32; Decreto *Apostolicam Actuositatem*, nn. 1-4; JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica

integrados en el Pueblo de Dios, que ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que les corresponde. Los fieles laicos viven en el mundo implicados en sus trabajos y ocupaciones y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social: estudian, trabajan, establecen relaciones sociales, de amistad, culturales, profesionales, etc. De esta manera, el mundo se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos.

Los laicos contribuyen a la transformación del mundo desde dentro, como el fermento, mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, manifestando a Cristo delante de los otros con su palabra y testimonio, con su fe, esperanza y caridad. Las imágenes de la sal, la luz y la levadura expresan la inserción y la participación de los laicos en el mundo, en la sociedad, y expresan la originalidad de esta participación. Dentro del estado de vida laical podemos decir que se dan diversas vocaciones, diversos caminos espirituales y apostólicos, entre ellos el florecimiento reciente de diversas formas de Institutos seculares⁷².

El matrimonio es uno de estos caminos laicales, el más común. El Beato Juan Pablo II señalaba bellamente en la exhortación postsinodal *Familiaris Consortio* que Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, lo mantiene en la existencia, lo capacita para amar y lo llama a vivir el amor en su vida; más aún, decía que «la Revelación cristiana conoce dos modos específicos de realizar integralmente la vocación de la persona humana al amor: el Matrimonio y la Virginidad. Tanto el uno como la otra, en su forma propia, son una concretización de la verdad más profunda del hombre, de su «ser imagen de Dios»⁷³.

Postsinodal *Christifideles Laici*, nn. 2. 3. 9. 14-15;; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 71-74.

72. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Christifideles Laici*, n. 56.

73. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Familiaris Consortio*, n. 11.

2. La Iglesia, casa y escuela de vocación

El Beato Juan Pablo II señaló que el gran desafío del siglo XXI consiste en hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión, siguiendo fielmente la voluntad de Dios y respondiendo a las aspiraciones profundas del género humano. Para ello es preciso vivir una espiritualidad de comunión desde una mirada profunda al misterio de la Trinidad que habita en nosotros y desde la percepción del hermano en la unidad profunda de la Iglesia⁷⁴.

La vivencia de la comunión eclesial facilita la capacidad de la comunidad cristiana para reconocer y acoger todos los dones del Espíritu, para acoger la variedad de vocaciones. Todos los bautizados y confirmados han de ser conscientes de su responsabilidad y misión en la vida de la Iglesia. Por eso, la pastoral de las vocaciones ha de ser amplia y profunda, ha de llegar a todos los lugares y ambientes, y ha de propiciar una reflexión sobre la vida y sobre su sentido, y desembocar en la conclusión de que cada uno ha de dar su respuesta personal a la llamada de Dios⁷⁵. Por eso, podemos decir que la Iglesia deviene también una *casa y escuela de vocación*.

Comunidad cristiana

La misión de la Iglesia está en continuidad con la misión de Cristo de proclamar e instaurar el Reino de Dios. Esta misión se realiza mediante sus tres funciones, que él transmite a la Iglesia: su profetismo, su sacerdocio y su realeza. Predicación de la palabra, celebración de los misterios y servicio a la comunidad. La Iglesia existe y se realiza en las comunidades locales y se realiza como asamblea litúrgica, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, también en el anuncio del Evangelio y en la acción caritativa y social.

La vocación, la llamada de Dios, es personal. Dios llama a cada uno por su nombre, pero a la vez quiere que todos lleguen a la

74. Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 43.

75. Cf. *Ibidem*, n. 46.

salvación y a la santificación constituyendo una comunidad de llamados, un pueblo. Toda vocación está llamada a nacer y a desarrollarse en la Iglesia. La Iglesia reúne en sí todas las vocaciones que Dios suscita entre sus hijos. La pastoral tiene como finalidad última ayudar a las personas a escuchar la llamada del Señor y a comprometer toda su existencia en la respuesta. La dimensión vocacional es parte integrante de la pastoral infantil y juvenil, viene a ser como un elemento transversal de toda la pastoral.

Las comunidades cristianas han de fomentar la cultura de la vocación y el clima espiritual que facilite la escucha de la llamada de Dios. Por otra parte, han de acoger las vocaciones que Dios va suscitando y las han de acompañar en su desarrollo. En definitiva, «la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del pueblo de Dios»⁷⁶. Familias, comunidades parroquiales, comunidades religiosas, movimientos y nuevas realidades eclesiales, constituyen un ámbito propicio para vivir la fe y para crear el clima adecuado que ayude a las personas a escuchar la llamada de Dios y a dar una respuesta.

Celebración de la Liturgia y oración personal

La celebración de la Liturgia y la oración personal constituyen el primer ámbito para la vocación y para el descubrimiento de la llamada. Como destaca el Papa Benedicto XVI, Cristo «llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios. Esto quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar la Iglesia»⁷⁷.

76. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, n. 41.

77. BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, n. 77.

Por eso es tan importante iniciar a los jóvenes en la vida de oración y en la vida sacramental. La oración es encuentro con Dios, diálogo personal, escucha de su Palabra. En el silencio de la oración personal, en la meditación de la Palabra de Dios, en la celebración de los sacramentos, el joven creyente puede ir descubriendo el proyecto que Dios tiene destinado para él. Para ello es preciso iniciar a los jóvenes en la *lectio divina*, la lectura orante de la Sagrada Escritura. A través de sus diferentes momentos, *-lectura, meditación, oración, contemplación-*, permite una relación cada vez más personal con el Señor⁷⁸.

La Eucaristía es fuente y culminación de toda la vida cristiana y de toda la vida de la Iglesia. Como señalaba el Beato Juan Pablo II, “en el encuentro con la Eucaristía algunos descubren sentirse llamados a ser ministros del Altar, otros a contemplar la belleza y la profundidad de este misterio, otros a encauzar la fuerza de su amor hacia los pobres y débiles, y otros, también a captar su poder transformador en las realidades y en los gestos de la vida de cada día. Cada creyente encuentra en la Eucaristía no sólo la clave interpretativa de su propia existencia sino el valor para realizarla, y construir así, en la diversidad de los carismas y de las vocaciones, el único Cuerpo de Cristo en la historia”⁷⁹.

Acción caritativa y social y experiencias de voluntariado

La acción caritativa y social de la Iglesia es también un lugar privilegiado para descubrir la vocación personal. La Iglesia ha de ser comunidad de amor. La caridad es tarea de la Iglesia y la caridad de la Iglesia es una manifestación del amor de Dios. Según el Papa Benedicto XVI, ese amor, que llamamos *caritas*, no es una mera organización de ayuda al necesitado, sino que se trata de la expresión necesaria del acto más profundo de amor personal con el que

78. Cf. *Ibidem*, n. 86.

79. JUAN PABLO II, *Mensaje para la XXXVII Jornada Mundial de Oración por las vocaciones*, 14 de mayo de 2000.

Dios nos ha creado, suscitando en nuestro corazón la inclinación a amar⁸⁰. Esta dimensión esencial de la vida cristiana y de la acción pastoral de la Iglesia converge con las inquietudes propias del corazón juvenil de hacer algo por los demás y de cambiar el mundo.

En la actualidad son muchísimos los jóvenes que muestran una particular sensibilidad respecto a las personas que todavía padecen los estragos del hambre y la enfermedad, de la injusticia, o que viven en la pobreza, en la marginación, en el tercer y cuarto mundo. Jóvenes solidarios de corazón noble que se comprometen a través de múltiples acciones de voluntariado y que no reparan en renuncias y sacrificios personales. Es preciso que a estos jóvenes se les ofrezca contenido y perspectiva, para que descubran el sentido más profundo de estas acciones, para que se encuentren consigo mismos, con los hermanos y con Dios. También esta es una tierra propicia para el descubrimiento de la vocación.

El voluntariado es expresión de solidaridad, de altruismo, de generosidad. Es una contribución al bien común y a la convivencia que requiere un compromiso personal y libre. Los voluntarios no se dedican simplemente a suplir las carencias del sistema, sino que contribuyen a dibujar el rostro humano y cristiano de la sociedad. Son una especie de iconos actuales del Buen Samaritano, que ayudan al prójimo, que recuerdan la dignidad humana y suscitan esperanza en las personas concretas y en el conjunto de la sociedad. En el fondo, quien ama y sirve gratuitamente al otro como prójimo, vive y actúa según el Evangelio y está tomando parte en la misión de la Iglesia⁸¹.

Predicación y educación

En el ejercicio de su misión profética, la Iglesia ha de anunciar explícitamente la Evangelización de la vocación. Todos los miem-

80. Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas est*, 2ª parte.

81. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a los dirigentes, al personal y a los voluntarios de la Protezione Civile Nazionale Italiana*, 6 de marzo de 2010.

bros de la Iglesia somos responsables en la misión evangelizadora así como en la educativa. La dimensión vocacional ha de estar presente a lo largo de todo el proceso educativo, ya sea en la familia, en la escuela, en la parroquia o en las instituciones que se dedican a la educación en el tiempo libre. Es sobre todo a través de este ejercicio de anuncio, de predicación y de educación donde se podrá ir creando una cultura de la vocación.

La familia

La familia cristiana tiene una responsabilidad particular en la misión educativa de la Iglesia y ofrece el marco más adecuado para el nacimiento de las vocaciones⁸². El aprendizaje de la vida empieza en el hogar, así como las actitudes de compartir, de dialogar, de respetar, etc. También el hogar familiar es la primera escuela para el desarrollo de la fe y de la oración. Por eso es tan importante que la institución familiar cumpla su misión llevando a cabo una educación integral en un clima de sana convivencia que esté animado por el amor a Dios y a los demás. En el seno de la familia es donde se producen los primeros brotes vocacionales que es preciso acoger y acompañar con esmero para que se puedan ir desarrollando.

Los padres son los principales educadores de los hijos, los primeros que han de introducir los elementos vocacionales, siempre desde una perspectiva de fe. Eso significa enseñar que Dios ha creado todas las cosas y nos mantiene en la existencia; que la vida y la fe son dones suyos, que Dios es el centro y el fundamento de todo cuanto existe. También hay que enseñar que el camino de la vida se recorre formando parte de una familia más grande, la Iglesia, y que Dios tiene un plan para cada uno de sus hijos, y que en el cumplimiento de la voluntad de Dios se encuentra la máxima realización del ser humano, así como la plenitud y la alegría.

82. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, n. 41.

La parroquia

La parroquia es una comunidad de fieles que se reúne sobre todo en torno a la Palabra de Dios y la Eucaristía. En la parroquia se celebra y se transmite la fe y se enseña la doctrina cristiana; se vive en comunión, compartiendo los bienes con los hermanos y ayudando también a los necesitados. La parroquia está llamada a ser fermento evangelizador en la sociedad actual y a mantener la importante función de cohesión e integración social que ha desarrollado a lo largo de la historia. Ha de ser como una gran familia que comparte lo que tiene, como una casa abierta a todo el mundo, como una fuente en medio de la plaza que ayuda a calmar la sed material y la sed de Dios, como decía el Beato Juan XXIII⁸³.

La pastoral vocacional ha de ser una de las prioridades en todas las parroquias. El tema de la vocación ha de ser un elemento transversal que ayude a las personas en el conocimiento de sí mismas y en la búsqueda de la voluntad de Dios. En la parroquia es donde se pueden aplicar con mayor amplitud y profundidad los principios generales de la pastoral vocacional que recoge el documento *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* cuando afirma que la pastoral vocacional es la perspectiva originaria de la pastoral general, más aún, es la vocación de la pastoral; es gradual y convergente, general y específica, universal y permanente, personalizada y comunitaria. En definitiva, la pastoral vocacional es la perspectiva unitario-sintética de la pastoral⁸⁴.

La escuela

La escuela es el ámbito específico en el que los niños y los jóvenes acceden a la cultura y pueden desarrollar sus facultades intelectuales. Por otra parte, en la escuela tiene lugar la preparación para la

83. HENRI FESQUET, *Las florecillas del Papa Juan*, Barcelona 1964, p. 166.

84. Cf. OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, Roma 1997, n 26.

vida profesional y es el lugar en que se enseña el sentido de los valores que se viven en la sociedad. También se fomenta la relación con los demás, la socialización, la convivencia y la tolerancia. En este contexto, es preciso ofrecer a los niños y a los jóvenes un itinerario de formación escolar que no se reduzca a la mera consecución de títulos académicos. Es preciso que en el marco de una formación integral se les oriente hacia la búsqueda del sentido de su existencia, hacia la verdad y el bien, hacia una construcción positiva de la vida y de sí mismos, y hacia una integración de la fe en la vida.

La Escuela Católica, en particular, es un lugar pedagógico favorable a la pastoral vocacional ya que su misma comunidad educativa refleja la diversidad y complementariedad de las vocaciones en la Iglesia. «En esta línea, la escuela católica se siente interpelada a guiar a los alumnos hacia el conocimiento de sí mismos, de sus propias aptitudes y de los propios recursos interiores, para educarlos a emplear la vida con sentido de responsabilidad, como respuesta cotidiana a la llamada de Dios. Obrando así, la escuela católica acompaña a los alumnos a opciones de vida conscientes: a seguir la vocación al sacerdocio o a una vida de especial consagración, o bien a realizar la propia vocación cristiana en la vida familiar, profesional y social»⁸⁵.

Otros ámbitos

Además de la familia, la escuela y la parroquia, muchos niños y jóvenes pasan buena parte de su tiempo libre en actividades deportivas y lúdicas o en diferentes ámbitos del mundo de la universidad, de la cultura, de la acción social, etc, que suponen todo un desafío para nuestra pastoral juvenil y vocacional. Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con que el ser humano desarrolla sus cualidades espirituales y materiales, perfecciona la creación, hace más humana la vida social, y finalmente, a través del

85. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Educación juntos en la Escuela Católica*, Roma, 8 de septiembre de 2007, n. 40.

tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan y puedan ayudar a todo el género humano⁸⁶.

Existen muchas entidades de confesionalidad cristiana y otras de inspiración cristiana que se dedican al voluntariado, a la animación sociocultural y a la educación en el tiempo libre a través de pedagogías concretas inspiradas en el humanismo cristiano, y que congregan a gran cantidad de niños, adolescentes y jóvenes. Muchos de los aspectos que trabajan como el servicio a los demás, especialmente a los más necesitados, el compromiso en la construcción de un mundo mejor y también la educación en el ideal cristiano, son un terreno abonado para la propuesta vocacional. Es conveniente tomar la iniciativa e impregnar de cultura vocacional las líneas de formación y sus diferentes planteamientos.

3. Líneas de fuerza en la Pastoral Vocacional

Podríamos señalar algunos puntos de fuerza, algunos aspectos de particular importancia en estos momentos para la pastoral vocacional. Dos de ellos se refieren al ámbito personal: el testimonio de palabra y de vida, y la dirección espiritual; el otro se refiere a la importancia de un Plan diocesano de Pastoral Vocacional.

Testimonio

El Mensaje del Papa Benedicto XVI para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones del año 2010, llevaba un título que interpelaba a fondo: *El testimonio suscita vocaciones*. En el marco de la celebración del Año Sacerdotal, subrayaba el Papa que el testimonio personal y comunitario de los que ya han respondido a la llamada del Señor en el ministerio sacerdotal y en la vida consagrada tiene gran importancia en el trabajo de pastoral vocacional. Dios

86. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 53.

se sirve del testimonio de los sacerdotes para suscitar vocaciones sacerdotales y religiosas. Y subrayaba tres aspectos de la vida del presbítero que tienen una particular fuerza testimonial: la oración, la amistad con Cristo; vivir con alegría el don de sí mismo a Dios y a los hermanos; vivir la comunión en el amor⁸⁷.

El testimonio de palabra y de vida de los sacerdotes es el factor principal en la tarea de suscitar vocaciones sacerdotales, tal como había señalado el Beato Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*: «La vida misma de los presbíteros, su entrega incondicional a la grey de Dios, su testimonio de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia —un testimonio sellado con la opción por la cruz, acogida en la esperanza y en el gozo pascual—, su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional»⁸⁸.

Lo mismo se puede afirmar de la vida consagrada. La fuerza de su testimonio en la vivencia de los consejos evangélicos es un ejemplo para todos los miembros de la comunidad cristiana a responder a la propia vocación. Monjes y monjas, en sus monasterios de vida contemplativa; religiosos y religiosas de vida activa, en sus comunidades, dedicados a apostolados muy diversos en la Iglesia. Miembros de los institutos seculares, que actúan con una especial inserción en medio del mundo, donde viven también su consagración a Dios. Todos ellos ofrecen un admirable testimonio de entrega, del seguimiento radical de Cristo, de la primacía absoluta de Dios en su vida y en la historia, de llevar a cabo su compromiso bautismal, cada uno según el carisma que ha recibido del Espíritu Santo.

Cuando en los encuentros y reuniones con jóvenes se trata del tema vocacional y un obispo o un sacerdote dirigen la palabra, suele producirse una reacción a la defensiva en el auditorio porque

87. Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de Oración por las vocaciones*, 25 de abril de 2010.

88. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, n. 41.

parece que nos disponemos a hacer propaganda para que algunos de los presentes entren al seminario o a un noviciado. Eso se debe a que todavía somos deudores de una mentalidad que asocia la palabra vocación a sacerdocio o vida consagrada. Pero el matrimonio es una vocación específica, una llamada de Dios en la Iglesia por un camino concreto, un camino de santificación y de testimonio. Es Dios mismo el autor del matrimonio, y Cristo lo ha bendecido y elevado a sacramento de la Nueva Alianza⁸⁹.

Testimonio de las distintas vocaciones

Los esposos cristianos siguen su vocación específica a través de un camino propio, mediante un compromiso de fidelidad en el amor. También deben compartir la vida en comunión y sostenerse mutuamente a lo largo de toda la vida y formar en la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a sus hijos. De esta manera ofrecen el ejemplo de una existencia compartida en comunión de vida y amor, colaboran en la fecundidad de la Iglesia y se convierten en testigos del amor de Dios en medio del mundo⁹⁰.

Dios llama a cada uno por un camino concreto. El Señor llamará a los niños y a los jóvenes al sacerdocio, a la vida consagrada o al matrimonio. Es él quien tiene la iniciativa y quien quiere servirse de mediaciones. Es preciso que los casados transmitan el gozo de su unión con Dios a través de un camino de santificación en el sacramento del matrimonio y en la colaboración con Dios para traer nuevos hijos suyos al mundo. Es preciso que los sacerdotes y los consagrados transmitan la alegría y la belleza de una vida consagrada a Cristo en totalidad, al servicio del Evangelio y de los hermanos, con un testimonio definido de palabra y de vida, que lo abarca todo, que lo llena todo, y que en sus mismos signos externos manifiesta su consagración en totalidad a Dios.

89. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 48.

90. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium* n. 41.

Dirección Espiritual

Al definir el perfil del joven cristiano de hoy, ya nos hemos referido a la dirección espiritual, aunque ahora lo haremos desde la perspectiva de la Pastoral Vocacional. En principio, la dirección espiritual es una ayuda en el camino de la vida espiritual para todos los fieles. Donde se pone en práctica, acostumbra a producirse un crecimiento en la vida de fe, también se suele incrementar el espíritu apostólico, e igualmente brotan vocaciones para los distintos estados de vida. No se trata sólo de una formación personalizada o una consulta sobre dudas en temas doctrinales, sino más bien de la vida espiritual, de la vida de fe, esperanza y amor, que es siempre de participación en la vida trinitaria. Esta atención a la vida espiritual de los fieles, guiándolos también en el discernimiento vocacional, es actualmente una prioridad pastoral⁹¹.

La Iglesia orienta a cada uno de los fieles a descubrir y vivir la propia vocación, y en consecuencia, procura suscitar en los niños, adolescentes y jóvenes el deseo de cumplir la voluntad de Dios. Para ello, es necesario seguir recuperando la gran tradición del acompañamiento espiritual individual, una praxis que ha dado grandes frutos de santidad y apostolado a lo largo de la historia de la Iglesia y que ha sido y es ejercida por sacerdotes y también por fieles laicos⁹². En definitiva, el objetivo de la dirección espiritual consiste en ayudar a las personas a progresar en la vida espiritual, a desarrollar su relación con Dios, a crecer en su santificación personal y a discernir la voluntad de Dios por medio del acompañamiento y el consejo.

Importancia para el discernimiento

El Cardenal Montini, futuro Pablo VI, al referirse a la pastoral con los jóvenes, en un texto precioso que recogerá *Pastores Dabo Vobis*,

91. Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*, Roma, nn. 66.69.71, 9 de marzo de 2011.

92. Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n. 40; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*, Roma, nn. 64-82, 9 de marzo de 2011.

destacaba cómo esta atención de consejo y acompañamiento espiritual tiene gran importancia a la hora de discernir la propia vocación específica: «La dirección espiritual tiene una función hermosísima y, podría decirse indispensable, para la educación moral y espiritual de la juventud, que quiera interpretar y seguir con absoluta lealtad la vocación, sea cual fuese, de la propia vida; conserva siempre una importancia beneficiosa en todas las edades de la vida, cuando, junto a la luz y a la caridad de un consejo piadoso y prudente, se busca la revisión de la propia rectitud y el aliento para el cumplimiento generoso de los propios deberes. Es medio pedagógico muy delicado, pero de grandísimo valor; es arte pedagógico y psicológico de grave responsabilidad en quien la ejerce; es ejercicio espiritual de humildad y de confianza en quien la recibe»⁹³.

Sobre la importancia y la actualidad de la dirección espiritual, el Papa Benedicto señalaba recientemente que «la Iglesia sigue recomendando la práctica de la dirección espiritual, no sólo a quienes desean seguir al Señor de cerca, sino a todo cristiano que quiera vivir con responsabilidad su Bautismo, es decir, la vida nueva en Cristo. De hecho, todos, y de modo especial los que han acogido la llamada divina a seguirlo más de cerca, necesitan ser acompañados personalmente por un guía seguro en la doctrina y experto en las cosas de Dios; este puede ayudar a evitar fáciles subjetivismos, poniendo a disposición su bagaje de conocimientos y experiencias personales en el seguimiento a Jesús»⁹⁴.

En el fondo, se trata de establecer una relación personal de intimidad y confianza semejante a la que el Señor mantenía con los apóstoles, que es imprescindible para que se llegue a este camino de acompañamiento y dirección⁹⁵. La presencia y la dedicación del sacerdote en los grupos de apostolado, en las escuelas y demás

93. J. B. MONTINI, *Carta pastoral Sobre el sentido moral*, 1961.

94. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Comunidad de la Facultad Teológica Pontificia Teresianum*, 19 de mayo de 2011.

95. Cf. *Ibidem*.

ámbitos pastorales, es del todo necesaria para que se llegue a una dirección espiritual fructífera.

Plan diocesano de Pastoral Vocacional

En la Iglesia todas las vocaciones deben ser valoradas y cuidadas con esmero de tal manera que cada persona pueda desarrollar su vida cristiana por el camino concreto que Dios le señala. Por eso la pastoral vocacional ha de ser un compromiso de todos los miembros de la Iglesia. No se trata de un mero complemento o de un aspecto secundario. Al contrario, es una actividad pastoral inserta en la pastoral general. La pastoral vocacional tiene como protagonista a la comunidad eclesial en sus diversas expresiones, y la dimensión vocacional ha de estar siempre presente en todo el trabajo de la pastoral ordinaria⁹⁵.

Por eso es conveniente que cada diócesis tenga un Plan Diocesano de Pastoral Vocacional para promover las vocaciones sacerdotales religiosas y laicales en todos los ámbitos: diócesis, parroquias, familias, movimientos y asociaciones, centros formativos, entidades de educación en el tiempo libre, comunidades religiosas. Por otra parte, todos estamos comprometidos en esta tarea: Obispo, presbíteros, miembros de la vida consagrada, laicos, familias cristianas, grupos vocacionales, catequistas, profesores, animadores de pastoral juvenil, militantes de movimientos y miembros de asociaciones. Todos con el objetivo común de suscitar, acoger y acompañar las vocaciones que surjan en la familia diocesana y de coordinar y promover iniciativas vocacionales.

El Plan Diocesano de Pastoral Vocacional deberá desarrollar su acción con el objetivo de impulsar la Pastoral Vocacional de manera que impregne de modo capilar los diferentes ámbitos y contenidos de la pastoral general de la Iglesia. El fundamento y actividad principal será la oración por las vocaciones. Tendrá que difundir los

96. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, nn. 34. 41.

fundamentos y criterios de la cultura de la vocación en los diferentes ámbitos formativos. Contemplará también la organización de eventos vocacionales y la participación en los eventos de pastoral juvenil. Por último, cuidará especialmente de mostrar la belleza del testimonio de una vida que responde con radicalidad a la llamada del Señor por los distintos caminos.

Oración y eventos vocacionales

La Pastoral Vocacional se sustenta sobre la oración, porque toda vocación es un don de Dios, que hay que pedir humildemente en la oración. La oración por las vocaciones va muy unida al testimonio que han de ofrecer las personas que ya han respondido a Dios por diferentes caminos, y también al discernimiento que se debe ir realizando desde la dirección espiritual y desde la formación que se va adquiriendo.

En los evangelios de san Mateo y san Lucas encontramos una recomendación explícita de Jesús a orar por las vocaciones: «La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad, por tanto, al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38; cf. Lc. 10, 1-3). Jesús exhorta a la oración y da ejemplo, un ejemplo que se ha seguido a lo largo de la historia de la Iglesia. Desde que el Siervo de Dios Pablo VI instauró en 1963 la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones hay más conciencia de esta necesidad y se le da mayor relevancia.

También tienen particular importancia en la actualidad los eventos locales, nacionales o internacionales, que son ocasión de encuentro entre los jóvenes y por tanto, también de llamada. Los jóvenes tienen como una especie de instinto innato de estar juntos, de encontrarse, de compartir. En el marco de la coordinación y desarrollo de la Pastoral Juvenil y de la Pastoral Vocacional, es preciso ofrecer actividades que desde una adecuada organización y con los contenidos pertinentes, faciliten el encuentro consigo mismo,

con la Iglesia y con Dios, y también ayuden a la reflexión sobre la vida, el futuro y la voluntad de Dios.

Desde las Jornadas Mundiales de la Juventud hasta los encuentros organizados a nivel parroquial, pasando por los diocesanos, interdiocesanos, y los que realizan las diferentes congregaciones, movimientos y realidades eclesiales, son muchas las experiencias positivas que se van constatando. Es de gran importancia que desde la pedagogía de la peregrinación, se cuiden los tres tiempos: la preparación, la realización y la continuidad. La preparación ha de ser concienzuda y abarcar los elementos materiales, espirituales y personales. La realización se ha de vivir con intensidad, con fuerza, con profundidad, con apertura de mente y corazón a la gracia de Dios. La continuidad ha de estar bien orientada para facilitar que la persona pueda seguir su proceso de vida cristiana y vocacional en un marco comunitario. La oración y el acompañamiento personal estarán presentes a lo largo de los tres tiempos.

Conclusión

Las JMJs forman parte del Proyecto Pastoral de la Iglesia y pueden ofrecer un gran apoyo tanto a la Pastoral Juvenil como a la Pastoral Vocacional de la Iglesia porque son una importante fuerza de renovación y ayudan a consolidar algunos elementos de la pastoral ordinaria⁹⁷.

El primer elemento sería descubrir el valor del *encuentro*, del *compartir*, de ensanchar las perspectivas y los horizontes, que a veces quedan reducidos al pequeño grupo o a lo sumo a los grupos de la parroquia o de un movimiento eclesial concreto. El encuentro que se produce en la JMJ expresa la catolicidad, la universalidad de la gran familia que es la Iglesia, donde todos hemos de conocernos y reconocernos, aceptarnos y amarnos desde la diferencia de carismas, de sensibilidades, de acentos culturales, etc. Encuentro con Cristo y con la Iglesia, encuentro consigo mismo y los demás.

Por otra parte, a partir de las JMJs se han ido superando ciertos complejos a la hora de plantear la *santidad* como el ideal para los jóvenes, como la perspectiva de la pastoral juvenil. Y del mismo modo subrayar la necesidad de la oración, de la Palabra de Dios y de la vida sacramental. Los Pontífices Juan Pablo II y Benedicto XVI nos han insistido especialmente en dos sacramentos que tienen un

97. Cf. P. ERIC JACQUINET, Encuentro Internacional sobre las JMJs "Sydney 2008 - Madrid 2011", *Elementos de reflexión fundamentales sobre las JMJs y la pastoral juvenil*, n. 13.

peso determinante en la vida de fe: la Eucaristía y la Reconciliación. Es preciso ayudar a los jóvenes a descubrir la Eucaristía como la fuente y la cumbre de la vida cristiana y eclesial, y el sacramento de la Reconciliación como encuentro con Cristo que libera de la esclavitud del pecado.

Desde esa vida nueva en Cristo *el joven se convierte en evangelizador* de sus coetáneos. Si hay algo que queda claro en estos encuentros es que los jóvenes han de ser testigos de Jesucristo en el tercer milenio. Testigos auténticos, que han visto, han experimentado y comunican su propia experiencia. Y la comunican con un estilo alegre y esperanzado, convencido y convincente. Esta misión en el mundo la realizan con confianza porque el Señor resucitado camina con ellos, porque Cristo resucitado está presente en la Iglesia: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta al fin del mundo» (Mt 28, 20).

La Jornada Mundial de la Juventud se ha convertido en una especie de *laboratorio de la fe*, en feliz expresión del Beato Juan Pablo II, y podríamos decir que también puede convertirse en un *laboratorio de la vocación* ya que el elemento transversal de nuestro trabajo tanto en la Pastoral Juvenil ordinaria como en la JMJ consiste en que los jóvenes lleguen a plantearse su vida como vocación. Por otra parte, es un dato fácilmente constatable que de las JMJs han surgido muchas vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al matrimonio.

También hay que recordar que la JMJ ha tenido mucha *influencia en los Obispos* en el sentido de que ha cundido entre ellos el ejemplo de cercanía, de espontaneidad, de contacto directo con los jóvenes que tenía el Beato Juan Pablo II, y eso les ha ayudado a implicarse más directamente en la pastoral juvenil con un estilo más cercano y cordial, y les ha llevado a promover iniciativas a nivel diocesano y nacional. El Santo Padre Benedicto XVI sigue ofreciendo en la misma línea un ejemplo admirable. Lo mismo hay que decir de tantos obispos, sacerdotes, religiosos y numerosos laicos que

trabajan como agentes de pastoral juvenil. En este sentido, se ha producido una especie de sacudida dinamizadora y evangelizadora en toda la Iglesia.

Como conclusión final, podemos destacar *tres elementos fundamentales de la Pastoral Juvenil y de la Pastoral Vocacional* que vienen a ser como el resumen: en primer lugar, *conocer y acompañar a los jóvenes* en su vida, que es un camino de peregrinación, dialogar y confiar en ellos; en segundo lugar, *responder a sus inquietudes* planteándoles un ideal de altura, de perfección, *propiciando el encuentro con Cristo*, la única Persona que saciará su sed de infinito, el único ideal que llenará de plenitud sus existencias; en tercer lugar, *ayudarles a comprometer sus vidas* con generosidad a través del camino que Dios les indique, ya sea el sacerdocio, el diaconado, la vida consagrada o el matrimonio. María, Madre y Maestra sea nuestra guía en esta peregrinación.

Terrassa, 19 de Marzo de 2012, Día del Seminario.

+ JOSEP ÀNGEL SAIZ MENESES,
Obispo de Terrassa

